

Juguetes Entre Los Escombros

Juguetes Entre Los Escombros

La Masacre En Los Ojos De Los Niños De Palestina

Christian Castro Silva

Imprint

Publisher:

CCS – COMUNICA / Concepto Cultural Social

Cover image: CCS – COMUNICA / Concepto Cultural Social

Printed at: see last page

ISBN: 978-620-2-48957-7

Copyright © Christian Castro Silva

Copyright © 2024



PERÚ
Presidencia
del Consejo de Ministros

INDECOPI

Nro. Partida Registral	00841-2024
Asiento	7
Fecha de Presentacion	2024-11-02
Fecha de Inscripcion	2024-10-01
Nro. de Expediente	2307-2024

DIRECCION DE DERECHOS DE AUTOR CERTIFICADO DE REGISTRO DE OBRAS LITERARIAS

DATOS DE LA OBRA

Título : Juguetes Entre Los Escombros

INEDITA

Tipo : ORIGINARIA

Paginas : 137

AUTOR O AUTORES DE LA OBRA

Apellidos y Nombres: CASTRO SILVA, CHRISTIAN WALTER **Doc. de Identidad:** 41356584

DATOS DEL TITULAR O TITULARES

Apellidos y Nombres: CASTRO SILVA, CHRISTIAN WALTER **Doc. de Identidad:** 41356584

OBSERVACIONES GENERALES

LA PROTECCIÓN POR DERECHO DE AUTOR SE EJERCERÁ SOBRE LAS PARTES ORIGINALES DE LA OBRA.


Juguetes Entre Los Escombros




CCS COMUNICA
CONCEPTO CULTURAL SOCIAL

CCS – COMUNICA
Concepto Cultural Social
Dr. Christian Castro Silva – 995244228


Christian Castro Silva

 <https://www.facebook.com/christian.castros82>

 facebook.com/laplumachristiancastros

 facebook.com/tallereschristiancastros

 [Christiancastro1982](https://Instagram/Christiancastro1982)

 [ChristianCS82](https://Twitter/ChristianCS82)

 [Xtian Castro Silva](https://YouTube/XtianCastroSilva)

 linkedin.com/in/dr-christian-walter-castro-silva-escritor-y-comunicador

Dedicatoria

A todos los niños de Palestina, que llegaron a este mundo solo para ser odiados y exterminados en una masacre legitimada por monstruos disfrazados con saco y corbata. Niños que partieron de este mundo bajo el estruendo del horror, sin jamás entender el ¿por qué?

Christian Castro Silva

Agradecimiento

A Joel Linares poeta venezolano, por abrirme los ojos ante esta crisis de humanidad a través de su hermosa y reveladora poesía.

Presentación

En Palestina, el cielo se tiñe de un fuego que no cesa y el suelo se sacude con el eco de la violencia, los niños juegan entre los escombros. Su risa, frágil y efímera, resuena en las calles devastadas, un intento por aferrarse a la vida y a la inocencia que aún les queda.

Ellos no comprenden las causas de la masacre que viven, ni los odios que la alimentan los israelitas; solo saben que el día es para jugar, para reír, para ser niños, mientras el sol brilla sobre ellos.

Pero en medio de este juego inocente, la guerra los atrapa. Un estruendo, un destello en la tarde o en la noche, y de pronto, el mundo que conocen desaparece.

Se ven forzados a enfrentar una realidad que sus mentes aún no pueden procesar: la pérdida, el miedo, la ausencia inexplicable de sus seres queridos. Para ellos, la muerte no es una tragedia ni un final, es solo un misterio que envuelve a aquellos que se van, un viaje hacia un lugar mejor, más allá de las bombas y los escombros.

Juguetes Entre Los Escombros son una serie de cuentos o son pequeñas historias, que se han investigado sobre niños de Palestina que han visto el genocidio israelí desde sus ojos, y donde al juntarse con algo de ficción para completar lo indagado, nos brinda una dolorosa realidad, vista a través de los ojos de los más vulnerables, de aquellos que deberían estar soñando con mundos de fantasía, no con sobrevivir un día más.

Aquí, el genocidio israelí se despliega en su forma más cruda, pero también se revela la fuerza indomable de la esperanza infantil. Este libro no solo narra las historias de

Christian Castro Silva

estos pequeños mártires, sino que también nos confronta con la verdad: que, en medio de la oscuridad más profunda, aún brilla una chispa de inocencia, un deseo de vivir, de soñar, de jugar.

Que este inicio sirva como una invitación a mirar más allá de las cifras y las noticias, a ver el conflicto a través de la mirada limpia de un niño, y a recordar que, en cada uno de esos pequeños ojos que presencia la masacre, a veces no entienden lo que está sucediendo, pues lo que realmente buscan estos niños es vivir, con su pequeña alma que solo buscaría la paz.



ÍNDICE

Dedicatoria	6
Agradecimiento	7
Presentación	8
Capítulo I	12
Capítulo II	22
Capítulo III	34
Capítulo IV	50
Capítulo V	68
Capítulo VI	82
Capítulo VII	94
Capítulo VIII	116

Christian Castro Silva

CAPÍTULO I

**LA LLUVIA NOCTURNA Y
MILAGROSA QUE ME
LLEVARÁ CON ALÁ**

En medio de la desolación y el estruendo de las explosiones que rasgan el cielo de la Franja de Gaza y el barrio de Zarqa, Amal una madre desesperada corre, abrazando con fuerza a su pequeña hija Azahara. Con cada paso, el polvo y los escombros marcan su piel, pero la determinación en sus ojos, en cada huida es inquebrantable. Amal, había perdido a su esposo Omar, casi al inicio de los bombardeos del 6 de agosto de 2022.

Entre los ecos de los bombardeos y el llanto de los niños, surge una historia de amor y sacrificio, donde una madre hará lo imposible por proteger a su pequeño tesoro llamado Azahara, buscando un refugio en medio del caos, pero no sería un refugio físico, sino tratando de darle paz a su hija con hermosas historias para que no tenga miedo, ni terror.

La noche se cierne sobre ellas, oscura y amenazante, pero también ofrece la tenue esperanza de pasar desapercibidas entre las sombras. Con el corazón latiendo con fuerza, Amal la madre de Azahara, sabe que cada momento cuenta, y con cada paso que da, promete a su hija que encontrarán un lugar seguro, lejos de la devastación que los rodea en Gaza. Es una promesa de esperanza en un mundo donde la esperanza es lo único que les queda.

La pequeña Azahara no es consciente de lo que ocurre en su entorno, muchas veces juega entre los edificios destruidos y con barro que se forma de los derrumbes y la lluvia, la pequeña Azahara es dichosa, porque tiene a sus pequeños amigos. Su risa resonaba en los callejones polvorientos mientras jugaba con sus amigos en medio de la incertidumbre que envolvía su hogar y su barrio.

Juguetes Entre Los Escombros

Todos los días eran juegos distintos entre los cinco amiguitos de Azahara (5 años): Amin (6 años), Bilal (5 años), Dalil (6 años). Bashira (6 años) y Falak (5 años), esta última era la mejor amiga de Azahara.

Por las tardes y noches cuando no había luz, se iluminaban con velas y contaban historias hermosas, sobre una tierra donde los niños no pasaban hambre, ni sed y jugaban todo el día acompañados de Alá.

Día tras día, la niña veía partir a sus amigos durante los bombardeos que empezaron con fuerza desde el 7 de octubre de 2023. Un día se fue su amiguito Amín entre una nube de bomba de fosforo blanco que suele utilizar el ejército israelí, luego durante un ataque de bombas de racimo se fue Bilal, de quien no se encontró nada. Una noche en su propia casa desaparecieron sus amiguitos Dalil y Bashira que eran hermanitos mellizos y murieron en un bombardeo que hizo el ejército israelí con Napalm.

Es así que todos los amiguitos de Azahara fueron arrancados de su lado de las formas más tristes y por los estruendosos bombardeos que sacudían su barrio de Zarqa. Sólo le quedaba Falak que se convirtió en su única mejor amiga durante varios meses y con quien seguía soñando con un mundo sin estruendos y sin hambre, ni dolor.

Una tarde Azahara y Falak jugaban en un campo abierto corriendo y riendo porque a diferencia de otros días en el cielo había un arcoíris y es que había llovido durante la noche. Ese amanecer fue hermoso, Azahara y Falak decidieron correr juntas a buscar el final de ese arcoíris. Corriendo juntas y sonriendo imaginaban que al final de ese arcoíris estarían sus amigos que desaparecieron.

Christian Castro Silva

De pronto Falak toma la delantera y corre con una risa muy esperanzadora y le decía a Azahara que quizá cuando encuentren a sus amigos, ellos tendrían pan y refresco para compartir y si hay suerte hasta un pequeño pedacito de cordero. De pronto mientras Azahara corría con la misma esperanza que Falak, sintió un estruendo siniestro, era una poderosa mina personal, que había acabado con Falak y había desaparecido entre un humo negro y espeso.

La tragedia golpeaba más fuerte. Falak, su última amiga en el barrio de Zarqa, había desaparecido de pronto. Azahara sintió un vacío en su corazón, una pérdida que la hizo cuestionar el significado de todo.

Azahara confundida y aturdida por el ruido, trataba de pensar que podía haber pasado, regresó a su casa aun con los oídos adoloridos y sin respuestas, no entendía ¿dónde podría estar Falak?, ¿Dónde se había ido?, Azahara no lo podía entender.

Azahara se puso a llorar, en el derruido patio de su casa, porque no entendía que había pasado, pero su pequeño razonamiento, la hizo pensar que quizá Falak se había ido con sus demás amigos sin avisarle y eso la ponía muy triste pues no entendía, ¿por qué su mejor amiga la había abandonado?

A pesar de la tristeza que se cernía sobre Azahara y la tristeza de su madre Amal, al verla que pasaban días y Azahara sólo sabía llorar, en el rincón de su derruido patio trasero, ya sin amigos con quien jugar, al no saber cómo explicarle sobre la muerte de Falak y de sus demás amigos, Amal la madre de Azahara, una mujer fuerte y

Juguetes Entre Los Escombros

amorosa, pensó en una historia para poder darle consuelo a su hija.

Los bombardeos se hicieron muchos más intensos los días siguientes a noviembre del 2023 y en las noches oscuras, cuando el retumbar de las explosiones resonaba en el aire, Amal abrazaba a Azahara y le contaba una historia llena de esperanza.

—Querida Azahara, —decía la madre Amal con ternura—, cuando esas luces caen del cielo, no son solo bombas estruendosas. Son pequeños cápsulas que Alá envía para llevarse a los niños buenos a un lugar especial, donde no hay dolor ni sufrimiento. En ese lugar, ellos juegan y son felices, sin hambre, ni sed.

Azahara, con ojos inocentes, asentía ante las palabras reconfortantes de su madre. Cada noche antes de dormir, cerraba sus ojos imaginando a sus amigos corriendo y riendo en ese paraíso lejano de trigo dorado, donde se podía correr descalzo.

Azahara cerró los ojos y se sumergió en un sueño que la transportó lejos del estruendo y el sufrimiento que conocía en la Franja de Gaza y en el barrio de Zarqa. Esa noche en su sueño, se encontró en un lugar mágico, donde el cielo era de un azul profundo y las praderas verdes se extendían hasta donde la vista alcanzaba. El aire era fresco no olía ni a pólvora, ni arena, el aire era perfumado con el aroma de flores silvestres.

En este paraíso, Azahara vio a sus amigos, aquellos que habían desaparecido con los bombardeos. Estaban allí, corriendo y riendo, sus rostros iluminados por una alegría pura y sin preocupaciones. Amín, con su risa contagiosa,

Christian Castro Silva

jugaba a las escondidas detrás de los árboles. Bashira recogía flores y las entrelazaba en coronas, mientras Dalil y Bilal volaban una cometa en forma de sandía, que se elevaba hasta tocar el cielo.

Azahara corrió hacia ellos, su corazón lleno de felicidad al verlos sanos y salvos. Se unió a sus juegos, sintiendo la calidez de sus manos y la sinceridad de sus sonrisas. Aquí, no había hambre ni sed; las fuentes de agua cristalina brotaban en cada rincón, y los árboles estaban cargados de frutas jugosas que nunca se acababan.

Mientras jugaban, Azahara notó a Falak, su mejor amiga, sentada al pie de un arcoíris que se arqueaba majestuosamente sobre el paisaje. Falak sonreía con dulzura y sus ojos brillaban con una luz especial. Azahara se acercó y Falak la tomó de la mano, su voz era suave y reconfortante.

—Azahara, dijo Falak, —hemos estado esperando por ti. —Aquí, todos estamos bien. No hay miedo ni tristeza, solo felicidad y paz. Azahara sintió una oleada de alivio y esperanza, pero una sombra de tristeza cruzó su corazón al pensar en el mundo real, donde sus amigos ya no estaban.

Falak apretó su mano con cariño. —Solo faltas tú—, continuó, —pero no te preocupes. Te esperaré al final de este arcoíris. Cuando las luces del cielo vengan por ti, nos reuniremos de nuevo y jugaremos para siempre.

Azahara asintió con su cabeza y sintió una mezcla de emociones. No quería dejar el mundo real, donde aún quedaba su madre Amal, pero la promesa de reunirse con sus amigos en este paraíso era un consuelo

Juguetes Entre Los Escombros

profundo. Se despidió de Falak y los demás con un abrazo, sintiendo que este sueño le daba fuerzas para enfrentar la realidad.

Cuando Azahara despertó, aún podía sentir el calor de la mano de Falak y la paz de aquel lugar mágico. Sabía que, sin importar cuán difíciles fueran los días por venir, sus amigos la esperaban en un lugar mejor, y eso le daba una esperanza renovada.

Una noche, mientras los rugidos de los aviones israelís cruzaban el cielo y las explosiones se hacían más intensas, Azahara se levantó de su cama. Miró a su madre con determinación y dijo:

—Mamá, Falak me está esperando. Voy a unirme a mis amigos.

Su madre, con lágrimas en los ojos, trató de detenerla, pero Azahara, con una valentía que sólo la inocencia infantil puede otorgar, escapó de sus manos y se adentró en la oscuridad. En medio del caos, Azahara se detuvo, alzó la mirada al cielo y gritó: —¿Tu eres la lluvia nocturna y milagrosa que me llevará con Alá?

—¡Amigos, ya voy con ustedes! ¡Espérenme, guárdenme pan, refresco y un poquito de cordero!... Y las bombas de fosforo blanco cayeron sobre ella sin distinguir que era solamente una niña de cinco años.

La niña se quedó de pie y sonriendo de alegría, enfrentando el peligro con la firme creencia de que se reuniría con sus amigos en ese lugar especial. En ese momento, la realidad y la fantasía se entrelazaron, y Azahara se convirtió en un símbolo de la inocencia

Christian Castro Silva

perdida en medio de la adversidad y el horror de la guerra que Israel alimenta con su crueldad.

Amal se desplomó sobre el suelo polvoriento luego del bombardeo, su cuerpo temblando mientras abrazaba con desesperación lo que quedaba de su hija. Los escombros aún caían a su alrededor en el barrio de Zarqa, pero todo se había silenciado para ella. El estruendo del bombardeo se había desvanecido, dejando sólo un abismo de dolor y vacío. La pequeña Azahara, su niña de cinco años, yacía inmóvil en sus brazos y aún caliente por el bombardeo de las bombas de fósforo blanco, sus ojos cerrados para siempre, pero con una expresión de paz, como si su muerte realmente hubiera sido un alivio de armonía y tranquilidad.

El llanto de Amal rompía el silencio de la noche, un grito desgarrador que resonaba en las ruinas que rodeaban hogares y refugios temporales. Lágrimas ardientes corrían por sus mejillas, mezclándose con el polvo y la sangre. —Azahara! ¡Azahara, despierta! —gemía, su voz quebrada por la desesperación. Pero no había respuesta. La vida había abandonado a su hija, y con ella, el corazón de Amal se había roto en mil pedazos. El mundo se desmoronaba a su alrededor, y Amal no podía comprender cómo seguir adelante sin la risa y la alegría de su pequeña. —¿Qué será de mí sin ti? pensaba, mientras el dolor se apoderaba de cada rincón de su ser. Recordaba las noches en que acunaba a Azahara para dormir, sus pequeñas manitas aferradas a ella con confianza y amor. Ahora, esas manos estaban rígidas y agrietadas.

—¿Cómo podré vivir mañana sin tu sonrisa, sin tu voz llamándome 'mamá'? —se preguntaba, sintiendo que el

Juguetes Entre Los Escombros

peso de su pérdida la ahogaba. El futuro se extendía ante ella como un desierto interminable, sin el oasis de su hija para darle fuerzas. Amal no sabía cómo enfrentar los días venideros, cómo encontrar el valor para levantarse cada mañana, sin Azahara a su lado. El dolor era tan profundo que parecía consumirla mientras abrazaba su hija, Amal le decía: —Te prometí que te protegería, La culpa y la impotencia desgarrándola por dentro. Pero en medio de su sufrimiento, solo había una certeza: el amor incondicional que siempre tendría por su hija, su pequeña Azahara, un amor que ni siquiera la muerte podría apagar.

Mientras las primeras luces del amanecer comenzaban a filtrarse entre los escombros del barrio de Zarqa, Amal se quedó allí, abrazando a su niña, sabiendo que, aunque la mañana llegara, su mundo nunca volvería a ser el mismo. La pérdida de Azahara había dejado una herida que el tiempo no podría sanar, y Amal tendría que aprender a vivir con esa cicatriz, llevando siempre en su corazón el recuerdo de su amada hija, su pequeña Azahara.

El mensaje final es que, a veces, la inocencia de los niños les permite encontrar consuelo en medio de la tragedia, creyendo en historias que les brindan esperanza y les ayudan a superar el miedo. La realidad es dura, pero la capacidad de los niños para enfrentarla con valentía y esperanza, es una lección que todos podemos aprender.



CAPÍTULO II
LA NIÑA CON EL DIJE DE LA
ESPERANZA

Era como otros días, una mañana gris y polvorienta, dos pequeñas niñas palestinas, Fátima y Leila, se acurrucaban en un rincón del refugio de Bureij, ambas habían perdido sus hogares y a sus padres en los bombardeos en días anteriores, y ahora el refugio era su hogar perpetuo. La luz de sol tenue se filtraba a través de las ranuras de las debilitadas tejas, creando sombras que danzaban sobre sus rostros. El eco de la guerra resonaba a lo lejos, pero en ese momento, sus corazones estaban llenos de curiosidad.

Fátima y Leila admiraban a Mariam, una niña mayor de doce años que cuidaba de ellas desde que llegaron al refugio. Ese día Mariam estaba sentada en la entrada del refugio, vigilando a los demás niños. Era como una hermana mayor para todos ellos, siempre atenta, sirviendo la comida, contando historias y siempre dispuesta a protegerlos. Pero lo que más llamaba la atención de Fátima y Leila no era la valentía y disposición de Mariam, sino una llave dorada que colgaba de una cadena en su cuello. La llave parecía vieja, gastada por el tiempo, pero brillaba con un resplandor misterioso que fascinaba a las niñas.

Fátima, con su voz suave y temblorosa, fue la primera en romper el silencio. —Leila, ¿tú crees que esa llave es de un tesoro?

Leila la miró con sus grandes ojos oscuros como la arena mojada, llenos de inocencia. —No sé, Fátima. Pero Mariam siempre la lleva consigo, como si fuera algo muy importante.

Ambas niñas se quedaron en silencio por un momento, observando a Mariam y escuchando los bombardeos

Juguetes Entre Los Escombros

lejanos. Sus cabellos enmarañados caían sobre su frente, y sus ojos, aunque cansados, mostraban una determinación inquebrantable, ayudando a los niños y siempre cuidando de ellos.

—Yo creo... comenzó Fátima, —que esa llave es de una caja donde Mariam guarda tesoros y que está esperando el momento para usarla y así escapar de Gaza. Tal vez la lleva porque quiere recuperar su tesoro y es la única forma de abrir esa caja, de seguro cuando pueda abrir ese tesoro, ella será muy rica y no tendrá motivos para estar aquí y cuidarnos.

Leila asintió lentamente. —Puede ser. Pero... ¿y si esa caja ya no existe? ¿Y si se la robaron personas malas?, quizá deberíamos unirnos a ella y así ella nos pueda llevar lejos. Aunque quizá no quiera y quizá, sólo quiera irse sola.

Fátima bajó la mirada, apretando los labios para no llorar. —Entonces tal vez la llave es su escapatoria. ¿Sería posible convencerla para que nos lleve con ella?

Leila se acercó más a su amiga y la abrazó. —Tal vez la llave es un recuerdo de alguno de sus juguetes, Fátima. Mariam la lleva porque cree que algún día todo mejorará, y podremos volver a ser felices, como lo éramos antes.

Fátima sollozó suavemente, apoyando su cabeza en el hombro de Leila. —¿Y si esa esperanza nunca llega, Leila? ¿Qué haremos entonces? ¿Quizá Mariam sea la única manera de irnos de aquí lejos, para jugar en paz?

Leila, con la voz quebrada por la tristeza, respondió: —No lo sé, Fátima. Pero creo que Mariam nos enseña a no

Christian Castro Silva

rendirnos a ayudarnos y a ser grandes rápidamente, para poder ser útil a nuestro pueblo y amigos que aún están afuera. A seguir adelante, aunque todo parezca perdido. Esa llave... me da curiosidad y quiero saber que, si quizá hay un tesoro, quiero estar segura que quizá ella nos lleve lejos, y de que algún día, quizás, podremos encontrar otro lugar mejor

Las dos niñas se quedaron abrazadas, compartiendo su dolor y su esperanza en el silencio del refugio. Afuera, el mundo seguía su curso, indiferente a sus sueños y temores, sonidos de metralla a lo lejos y explosiones, eran de día y de noche, pero se incrementaban de madrugada.

De repente, Mariam se levantó y se acercó a ellas. Las miró con ternura y, sin decir una palabra, les mostró la llave. Sus dedos delgados la sostuvieron con cuidado, como si fuera lo más preciado que tenía. Luego, con una sonrisa triste, la guardó bajo su ropa y las abrazó a ambas.

—Un día, volveremos a nuestro hogar, —dijo Mariam con voz suave pero firme. —Esta llave es la prueba de que pertenecemos a algún lugar, y mientras la llevemos con nosotras, nunca estaremos realmente perdidas. Esta llave era de mi casa y estoy segura, que, en algún lugar, esta llave, abrirá un nuevo hogar para nosotras.

Fátima y Leila la miraron con asombro y admiración, comprendiendo que la llave no era solo un objeto, ni parte de un tesoro, sino un símbolo de algo mucho más profundo. Era un símbolo de resistencia, de amor y de la esperanza de un futuro mejor, aunque ese futuro pareciera tan lejano como las estrellas.

Juguetes Entre Los Escombros

La mañana continuó, y aunque el refugio seguía siendo un lugar de sombras y miedo, en los corazones de esas tres niñas había una luz que brillaba con fuerza, una luz que ni la guerra, ni el dolor podían apagar. La esperanza de que había un lugar donde la llave de Mariam abriría un nuevo hogar.

Pasaba un nuevo día en el refugio de Bureij, donde la guerra había convertido la vida en una lucha constante por la supervivencia y la hambruna, Mariam esa mañana se sentó junto a Fátima y Leila a comer. Las dos niñas pequeñas siempre la seguían a Mariam como si fuera su hermana mayor. En sus ojos, a pesar de la tristeza que los teñía, había una chispa de fortaleza, una determinación que no dejaba espacio para la desesperanza.

—¿Quieren saber la historia de esta llave?, —preguntó Mariam, acariciando el pequeño objeto dorado que colgaba de su cuello. Las dos niñas asintieron, sus ojos grandes y llenos de curiosidad, expectantes por escuchar lo que Mariam tenía que decirles.

Mariam respiró hondo y comenzó a hablar, su voz suave pero firme, como si las palabras fueran una promesa que no podía romper.

—Vivía con mi mamá, mi papá y mi hermano menor Omar. Éramos felices. Papá vendía frutas en el mercado, especialmente naranjas. Las naranjas eran parte de nuestra vida, siempre estaban en nuestra mesa, siempre llenaban nuestra casa de ese olor dulce y fresco que me hacía sentir segura. Papá decía que las naranjas traían alegría, que representaban el sol que nunca se apagaba, incluso en los días más oscuros.

Christian Castro Silva

Fátima y Leila escuchaban en silencio, imaginando las naranjas brillantes que Mariam describía, y por un momento, sintieron que el refugio se llenaba de ese aroma cálido y familiar. Un aroma tan profundo en su imaginación que casi podrían saborearlas.

—Papá siempre decía que la llave de la casa tenía que estar puesta en la puerta por dentro, continuó Mariam, por si caían las bombas, para que pudiéramos escapar rápidamente. Era algo que repetía cada noche, como si esas palabras fueran un hechizo que nos protegería.

Mariam hizo una pausa, sus ojos se nublaron por un instante, recordando lo que había sucedido aquella madrugada que cambió su vida para siempre.

—Pero una noche, dijo con voz quebrada, los sonidos de la guerra se fueron acercando. Los escuchábamos cada vez más cerca, hasta que... hasta que alcanzaron nuestra casa. No tuvimos tiempo de correr ni de salir. Todo sucedió tan rápido... Cuando amaneció, mi papá ya no estaba, al menos no en este plano terrenal. Tampoco mi mamá, ni mi pequeño Omar, él no tenía culpa de nada, él sólo reía todo el tiempo y buscaba juguetes entre los escombros, él no le hacía daño a nadie, pero las bombas también se lo llevaron, cuando lo vi, con sus ojos cerrados en el sueño eterno, aún tenía su pañal cálido.

Esa noche, después de la historia de Mariam, Fátima y Leila se abrazaron, sintiendo la tristeza de Mariam como si fuera su propia tristeza. En el refugio, el aire parecía volverse más pesado, cargado de la pena que resonaba en las palabras de Mariam. Pero ya era hora de dormir, y Mariam continuaría la historia al día siguiente.

Juguetes Entre Los Escombros

A la mañana siguiente, continuó Mariam, con la voz ahora más suave, —las personas del barrio vinieron a recoger lo que quedaba de nuestra casa. Algunos, impulsados por el hambre y la desesperación, comenzaron a saquear lo poco que quedaba. Yo caminé por lo que quedaba de mi hogar, buscando algo que me recordara a mis padres, a mi hermano... y entonces vi la llave. Estaba puesta en la puerta derrumbada, tal como papá siempre decía.

Mariam miró a las niñas, sus ojos reflejaban una mezcla de dolor y orgullo.

—Estaba llena de tierra y maltrecha por el derrumbe, pero sabía que esa llave era lo único que me quedaba de ellos. Me mantuve fuerte, aunque todo en mí quería derrumbarse. Les pedí a aquellos que saqueaban nuestra casa que, por favor, me dieran la llave. Al principio, me miraron sorprendidos, pero al final me la entregaron.

Fátima y Leila estaban tan asombradas en la historia que no se dieron cuenta de las lágrimas que comenzaban a llenar sus ojos. Mariam tomó un respiro y, sosteniendo la llave con fuerza, les dijo:

—Desde ese momento, me colgué la llave en el cuello, como un recordatorio de todo lo que había perdido, pero también como un símbolo de lo que aún podía encontrar. Esta llave, dijo, levantándola para que las niñas la vieran bien, es la que abrirá la puerta de nuestro nuevo hogar. Un hogar donde nosotras tres cuidaremos de otros niños, donde no dejaremos que las bombas nos afecten, ni que el horror nos debilite, ni que la hambruna vuelva nuestros corazones débiles.

Christian Castro Silva

Fátima y Leila se miraron, sus ojos llenos de esperanza por primera vez en mucho tiempo.

—Mariam, ¿crees que realmente podremos ser felices algún día?" preguntó Fátima con voz temblorosa.

—Sí, claro que sí, —respondió Mariam con una seguridad que sólo una niña que ha perdido todo puede tener.

—Tengan fe, Fátima y Leila. Juntas, nos iremos lejos de aquí, y encontraremos un lugar donde seremos felices. Donde las bombas no nos alcanzarán, y donde las naranjas volverán a llenar nuestras vidas con su dulzura.

Las dos niñas sonrieron, aferrándose a las palabras de Mariam como a un salvavidas en medio de un mar de dolor. Sabían que el camino sería largo y difícil, pero con Mariam a su lado, creyeron que quizás, sólo quizás, podrían encontrar esa puerta que la llave abriría.

Esa noche, cuando el refugio se sumió en la oscuridad, las tres niñas se acurrucaron juntas, soñando con un futuro en el que las bombas fueran sólo un recuerdo lejano, y donde las naranjas volvieran a llenar sus vidas de luz y alegría. Y aunque el sonido de la guerra resonaba a lo lejos, en sus corazones había una pequeña chispa de esperanza, una chispa que ni la noche más oscura podía apagar.

La madrugada en el refugio de Bureij era un espejo de noches pasadas. El sonido de los bombardeos se intensificaba, acercándose cada vez más a las débiles paredes de ladrillo y yeso que apenas separaban a las niñas del horror exterior. Fátima y Leila, con solo siete años, se aferraron a Mariam, temiendo que esta vez no

Juguetes Entre Los Escombros

podieran escapar del destino que la guerra les imponía. El refugio, que había sido su hogar y su esperanza, se llenaba de un miedo asfixiante.

De repente, la poca luz que iluminaba los pasillos del refugio se apagó, sumiéndolos en una oscuridad que parecía más densa que nunca. El sonido de los bombardeos era ahora ensordecedor, y cada explosión resonaba como un latido final del mundo que conocían.

Mariam, con la llave apretada contra su pecho, abrazó a Fátima y Leila con toda la fuerza que le quedaba. Sabía que el final estaba cerca, pero no sintió miedo. En lugar de eso, una calma profunda la invadió, como si ya estuviera en el lugar al que esa llave la conduciría.

—No olviden que yo tengo la llave, —susurró Mariam en sus oídos, con una voz que, a pesar del caos, estaba llena de serenidad. —Pase lo que pase hoy, la llave nos llevará a nuestro destino, y no habrá forma de que se pueda evitar.

Fátima y Leila, aunque aterradas, encontraron consuelo en esas palabras. Las tres niñas, en ese último momento, sacaron la llave del pecho de Mariam y la tomaron juntas, aferrándose a ella con la fuerza de su esperanza. La llave, que había sido testigo de tantas pérdidas y sueños rotos, se convirtió en su único refugio.

Las bombas de fósforo blanco cayeron con furia, destruyendo todo a su paso. El refugio de Bureij se desmoronó, dejando tras de sí un paisaje de escombros y silencio. La mañana siguiente llegó con una tristeza que el cielo apenas podía contener. Grupos de rescate de civiles palestinos, buscaron entre los restos, encontrando

Christian Castro Silva

cuerpos de niños, mujeres y ancianos, pero sobre todo mucha destrucción de vidas inocentes.

Pero en medio de ese mar de desolación, encontraron a Mariam, Fátima y Leila. Las tres niñas estaban abrazadas, sus cuerpos frágiles entrelazados en un último gesto de amor y protección. Y a pesar de todo, sus rostros reflejaban una paz inexplicable, una dulce sonrisa que parecía desafiar el horror que las había rodeado.

Estaban allí, en otro plano, donde el dolor y el miedo ya no existían. La llave, que aún sostenían con firmeza, las había liberado. El mundo las había perdido, pero ellas habían encontrado algo mucho más valioso; la eternidad de un lugar sin guerra, sin bombas, sin muerte.

En ese otro lugar, Mariam, Fátima y Leila corrían juntas por un campo dorado, riendo como niñas que nunca conocieron el dolor. El sol bañaba sus rostros con una calidez que nunca antes habían sentido, y las naranjas que tanto habían amado en su vida pasada volvían a llenar sus manos.

Se sentaron en la hierba, saboreando la dulzura de las naranjas, con el jugo deslizándose por sus pequeños dedos. Mariam, con la sonrisa que siempre les había dado fuerza, las miró y dijo: —¿Sabían que tenía razón, ¿no?

Fátima y Leila asintieron, sus corazones ahora libres de todo pesar. Sabían que Mariam había cumplido su promesa. Habían llegado a ese lugar donde no había más dolor, ni miedo, donde el futuro era tan brillante como las naranjas que ahora compartían. Y allí, en ese campo eterno, las tres niñas encontraron la felicidad que

Juguetes Entre Los Escombros

la guerra les había negado. Juntas, agarradas de la llave que las había liberado, sabían que, finalmente, estaban en casa, gracias a ese amuleto, el de la niña con el dije de la esperanza.



Christian Castro Silva

CAPÍTULO III

EL ÚLTIMO AIRE LO RESERVÉ PARA TI

Era un viernes de noviembre del 2023 por la mañana, en el corazón del barrio de Zahra, en la franja de Gaza, el día comenzó con una mezcla de rutinas y silencios que sólo quienes viven bajo la amenaza constante de la guerra conocen, el tráfico en las calles se ve acumulado, por los desmontes de los edificios colapsando y las personas tratan de hacer su vida entre calles polvorientas. El aire, cargado de cenizas y memoria, se rompió con el sonido áspero de una radio encendida en alguna ventana, vociferando noticias que ya no sorprenden, pero que siempre duelen.

La voz del locutor, firme pero temblorosa, transmitía la realidad que todos temían escuchar: otro bombardeo, otro capítulo de una tragedia interminable. Israel había lanzado una nueva ofensiva aérea, y los informes hablaban de 13,000 muertos durante todos los bombardeos, en su mayoría civiles, rostros anónimos que sólo eran cifras, pero que no tenía en cuenta el dolor que dejaba en los núcleos familiares. Era así como seguía un caótico recuento de una guerra sin fin, que más olía a masacre.

La noticia atravesó el aire como una sombra, oscureciendo cada rincón, cada cresta y cada calamina, situándose cómoda en los preocupados pensamientos de los ciudadanos. El barrio, ya acostumbrado al sonido de la guerra, se estremeció una vez más. Los padres que habían llevado a sus hijos a la escuela esa mañana, con la esperanza de que el aprendizaje ofreciera un respiro, un pequeño destello de normalidad en medio del caos, sintieron un nudo formarse en sus gargantas. La vida, tan frágil, se había vuelto más precaria.

En la escuela primaria de Marah, la campana había sonado como de costumbre, y las risas de los niños

Juguetes Entre Los Escombros

resonaban en los pasillos, ajenas al dolor que se acercaba. Pero esa mañana, la paz fue sustituida por un caos silencioso. Las maestras, que habían visto demasiados amaneceres teñidos de miedo, se movieron rápidamente, susurrando entre ellas, tomando decisiones urgentes con una calma aparente que apenas ocultaba su propio terror. Las instrucciones fueron claras: los niños debían ser llevados a los refugios subterráneos, espacios estrechos y oscuros que, irónicamente, prometían seguridad.

En medio de la confusión, una niña, Rania, de nueve años, sintió que el mundo se estaba desmoronando a su alrededor. Rania, con sus grandes ojos color miel, siempre había sido una hermana mayor protectora. Desde el día en que su hermana menor, Yasmeen, nació, había sentido una responsabilidad profunda, casi materna, hacia ella. Su padre, con su voz suave pero firme, solía recordarle que su deber era cuidar de Yasmeen, nunca separarse de su lado. Esas palabras se habían convertido en un mantra, algo que Rania repetía en su mente cada noche antes de dormir, mientras observaba a Yasmeen acurrucada a su lado, en cada sonido de bombardeo nocturno.

Yasmeen, con apenas cuatro años, era una niña pequeña y frágil, siempre aferrada a la mano de Rania. Su mundo era un lugar de juegos y risas, aún no manchado por la oscuridad que rodeaba sus vidas. Estaba en el primero básico, en un salón decorado con colores brillantes y dibujos infantiles que intentaban ocultar la cruda realidad exterior. Para Rania, ese salón de clases, que antes parecía tan seguro, tan distante del peligro, ahora se sentía peligrosamente vulnerable.

Christian Castro Silva

Mientras el caos se desataba a su alrededor, Rania sentía un miedo creciente, un miedo que no era sólo por ella, sino por Yasmeen. Las maestras intentaban guiar a los niños hacia los refugios, pero Rania no podía moverse. Su mente estaba fija en una sola cosa: Yasmeen. Sabía que su hermana estaba en otro edificio, cruzando el patio, lejos del lugar donde los llevaban. ¿Y si algo le pasaba? ¿Y si Yasmeen, con sus ojos grandes y confiados, estaba esperando a que Rania la rescatara?

La voz de su maestra llegó a ella como un eco distante, insistiendo en que se mantuviera con el grupo, que no se separara. Pero Rania no podía escuchar. Su corazón latía con fuerza, como si intentara romper su pecho. Sin pensarlo, se soltó de la mano que la sostenía y corrió. Cada paso resonaba en el pasillo, el sonido de sus pequeños pies golpeando el suelo reverberaba como un tambor en la caverna de su pecho, en forma de miedo.

Los bombardeos se iban acercando como pasos de gigante, mientras todos corrían a los refugios, la radio seguía narrando la tragedia, pero para Rania, esas palabras ya no significaban nada. Todo se había reducido a una sola misión; llegar a Yasmeen. El mundo exterior, con su estruendo y su desesperación, se desvaneció en un segundo plano. Sólo existía Yasmeen, su pequeña hermana, a quien había prometido proteger. Mientras corría, las palabras de su padre resonaban en su mente, claras como nunca antes: —Nunca te separes de tu hermana cuando escuches los pasos del gigante (bombardeos). Cuídala, Rania, siempre cuídala y lucha por tu hermana.

El camino hacia el salón de Yasmeen parecía interminable. Cada segundo era una eternidad. Los pasillos, que usualmente estaban llenos de la vida

Juguetes Entre Los Escombros

vibrante de los niños, ahora parecían alargarse y escupían tierra y polvo de las esquinas, estirándose con la distancia que la separaba de su hermana. Rania respiraba con dificultad, pero no podía detenerse. No importaba el peligro que pudiera estar acercándose, no importaba el sonido ensordecedor de las explosiones que cada vez se sentían más cercanas. Nada importaba excepto Yasmeen.

Finalmente, llegó a la puerta del salón. La abrió de golpe, sus ojos buscando desesperadamente entre las pequeñas figuras que se agazapaban en el suelo, protegidas por sus maestras. Y allí, en un rincón, con lágrimas en los ojos, estaba Yasmeen. Al ver a su hermana mayor, Yasmeen corrió hacia ella, y Rania la abrazó con todas sus fuerzas, sintiendo cómo sus pequeños brazos se aferraban a su cuello.

En ese momento, con Yasmeen en sus brazos, Rania sintió que el mundo se desvanecía, que todo el miedo, todo el dolor, se disipaba por un instante. Había cumplido su promesa. Había llegado a tiempo. Y aunque el sonido de la guerra, o como decía su padre “los pasos de gigante” se acercaban y seguían resonando a su alrededor, dentro de ese abrazo, el amor de una hermana mayor por su pequeña protegida era más fuerte que cualquier cosa, ambas se sentían seguras.

La tarde había caído con una mezcla de alivio y angustia en el barrio de Zahra. Los padres, con los rostros marcados por el miedo y la incertidumbre, acudieron al colegio para recoger a sus hijos después del bombardeo. Aunque el fuego no había alcanzado la escuela, el peligro estaba siempre presente, rondando como una sombra que se negaba a desvanecerse. Hassam, el padre de

Christian Castro Silva

Rania y Yasmeen, llegó con prisa, sus ojos reflejando el terror de lo que podría haber sucedido. Al ver a sus hijas, un nudo se deshizo en su garganta, y las abrazó con fuerza, como si al tenerlas cerca pudiera protegerlas de todo el mal del mundo.

El camino de regreso a casa transcurrió en un silencio pesado, solo roto por la voz metálica de la radio que seguía actualizando la tragedia de la mañana. El locutor hablaba de los estragos que las bombas de fósforo blanco habían causado, gases tóxicos que asfixiaban y mataban sin piedad a aquellos que se encontraban demasiado cerca. Veintiséis víctimas mortales, de las cuales diecisiete eran niños, detallaba el informe del Hospital Al-Shefa en la Ciudad de Gaza. Las palabras caían como un manto de luto sobre Hassam, que hacía que sus duros ojos, se llenaran de lágrimas y que apretara las manos en el volante, intentando no pensar en lo que podría haber pasado si el destino hubiera sido menos misericordioso.

En el asiento trasero, Rania y Yasmeen estaban acurrucadas juntas, bajo una rústica manta y llenas de polvo de las paredes que se sacudieron, como si el espacio que las separaba en el coche fuera demasiado peligroso de mantener. Yasmeen, aún con el rostro húmedo por las lágrimas, se aferraba a su hermana mayor, mientras Rania la cubría con su brazo protector. Hassam miró a sus hijas a través del retrovisor, y aunque sentía una tristeza profunda por la realidad en la que vivían, no pudo evitar sentir un orgullo inmenso por Rania. —Fuiste muy valiente hoy, Rania, —dijo con suavidad, rompiendo el silencio. —Cuidaste de tu hermana como una verdadera protectora. Estoy muy orgulloso de ti. Rania lo miró a los ojos, y aunque no dijo

Juguetes Entre Los Escombros

nada, el brillo de su mirada revelaba cuánto significaban esas palabras para ella.

—Por seguridad, no irán al colegio durante unos días, — continuó Hassam, mientras el coche avanzaba por las calles grises y destruidas del barrio de Zahra. —Es demasiado peligroso, y debemos asegurarnos de que estén a salvo. Yasmineen levantó la cabeza, sus ojos grandes y asustados buscando respuestas en el rostro de su padre. —¿No vamos a ir a la escuela más, papá? preguntó con voz temblorosa. Hassam le acarició la cabeza suavemente. —No por ahora, Yasmineen. Estaremos juntos en casa, donde es más seguro.

Al llegar a casa, Noura, su madre, las esperaba en la puerta con una mezcla de alivio y preocupación. Había pasado las horas anteriores en una angustia que solo una madre puede conocer, temiendo lo peor y rezando a Alá por un milagro. Al ver a sus hijas sanas y salvas, corrió hacia ellas y las envolvió en un abrazo que hablaba de todas las palabras que no se podían decir. Hassam, observando a su esposa y sus hijas, sintió una vez más el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, el deber de proteger a su familia en un mundo que se desmoronaba a su alrededor.

Esa noche, la oscuridad se cernió sobre el barrio que traía una gruesa polvareda, productos de los derrumbes de casa y edificios que se habían bombardeado, trayendo consigo un silencio inquietante. En la pequeña casa, la familia se reunió alrededor de la mesa, cenando en un silencio solo roto por las palabras de Hassam. —Somos una familia, y eso significa que siempre debemos cuidarnos unos a otros, dijo con voz firme, mirando a sus hijas a los ojos. —No importa lo que pase, siempre

Christian Castro Silva

debemos dar todo lo que tenemos para protegernos entre nosotros. No podemos permitir que el miedo nos separe, ni que la violencia nos haga olvidar quiénes somos.

Rania, que había estado escuchando en silencio, levantó la vista hacia su padre, sus ojos llenos de preguntas que aún no sabía cómo formular. —Papá, —dijo finalmente, su voz pequeña en la penumbra, —¿tú harías eso por nosotras? ¿Darías tu último aliento por cuidarnos? Hassam la miró con una ternura que solo un padre puede sentir. —Rania, incluso si me faltara el aliento, usaría mis últimas fuerzas para protegerlas, a ti y a Yasmeen. —Ustedes son lo más importante en mi vida, y haré todo lo que esté en mi poder para mantenerlas a salvo.

Noura, que había estado escuchando en silencio, sintió una tristeza profunda asentarse en su pecho. Sabía que las palabras de Hassam eran sinceras, pero también sabía que no había lugar seguro en Gaza, ningún refugio que pudiera garantizar la vida de sus hijas. Sus ojos se llenaron de lágrimas que intentó ocultar, porque incluso en medio de su dolor, no quería asustar a sus hijas más de lo que ya estaban. Pero la verdad era ineludible: la seguridad era una ilusión, y en cualquier momento, el horror de la masacre israelí, hacía el pueblo palestino en Gaza podía arrebatárselos todo.

Después de la cena, mientras las niñas se preparaban para dormir, Hassam y Noura se sentaron en la pequeña sala, susurrando en la oscuridad, a las luces de las velas. —Tenemos que irnos de aquí, dijo Hassam en voz baja, su tono grave y decidido. —No podemos seguir viviendo en un lugar donde el peligro está en cada esquina.

Juguetes Entre Los Escombros

—Debemos buscar un lugar cerca de la costa, donde podamos estar más seguros, al menos por un tiempo. Noura lo miró, sus ojos llenos de incertidumbre. —¿Y nuestro hogar? ¿Todo lo que hemos construido aquí? Hassam apretó su mano con fuerza. Noura, —nuestro hogar no es este lugar. Nuestro hogar es donde estemos juntos, donde nuestras hijas puedan crecer sin miedo. Debemos encontrar un lugar seguro para ellas, aunque eso signifique dejarlo todo atrás.

Rania, desde su cama, escuchaba a sus padres hablar en voz baja. Aunque no podía escuchar todas las palabras, entendió suficiente para saber que algo iba a cambiar. Miró a Yasmeen, que ya dormía profundamente a su lado, y sintió el peso de la responsabilidad que su padre le había dado. Sabía que, sin importar a dónde fueran, su deber era proteger a su hermana, cuidar de ella con cada aliento que tomara. Y aunque el miedo seguía siendo un compañero constante, también lo era la promesa que se había hecho a sí misma; nunca dejaría que nada malo le pasara a Yasmeen, nunca mientras ella pudiera evitarlo.

Un día la noche cubría la ciudad de Gaza, además del refugio de Nuseirat era el único lugar donde Rania y Yasmeen podían sentirse seguras, aunque solo fuera por unos momentos. Sus días se habían deslizado entre los muros de aquel refugio, rodeadas de otros niños que, al igual que ellas, habían perdido sus hogares y su infancia. Sus padres, Hassam y Noura, trabajaban incansablemente para proveer lo poco que podían; removían escombros, buscando entre las ruinas de su ciudad algo de sustento. Solo recibían la comida del día como pago, suficiente para mantener a la familia con vida, pero no para mucho más.

Christian Castro Silva

Mientras tanto, en el refugio, las encargadas instruían a los niños sobre lo que debían hacer en caso de un bombardeo. Ensayaban una y otra vez movimientos de protección y cómo usar los pequeños balones de oxígeno que guardaban en casilleros, destinados a ser su última defensa contra el gas letal que las bombas de fósforo blanco liberaban. Rania, prestaba atención con una seriedad inusual para su edad, consciente de que su vida y la de Yasmeen podían depender de ello.

Una noche a finales de noviembre del 2023, mientras Hassam y Noura todavía estaban en la ciudad trabajando, los temidos bombardeos comenzaron de nuevo. Rania sintió el temblor bajo sus pies, como los pasos de gigante del que le hablaba su padre, avanzaban con esmero por las calles cercanas, además que el fuego que aterrorizaba sus sueños se acercaba rápidamente. Los simulacros y ensayos no pudieron evitar que el pánico se apoderara del refugio. Los niños corrían de un lado a otro, buscando desesperadamente un lugar donde esconderse, pero Rania, con una madurez sobrecogedora, tomó la mano de Yasmeen y la mantuvo firme a su lado.

De pronto, un rugido ensordecedor sacudió el refugio, y una barrera de fuego invadió el espacio, dejando a su paso una espesa nube de humo blanco. Rania sabía que no había tiempo que perder. Aunque no temía por sí misma, sentía un terror indescriptible al pensar en Yasmeen, su pequeña hermana, quien la miraba con ojos llenos de horror. Con las manos temblorosas, Rania fue probando los balones de oxígeno uno por uno. La mayoría estaban inservibles, rotos por la fuerza de la explosión. Sentía que sus pulmones se llenaban de fuego, que sus entrañas ardían. Finalmente, encontró uno

Juguetes Entre Los Escombros

que funcionaba y, sin dudarlo aspiró una bocanada y luego, lo colocó en el rostro de Yasmeen, asegurándose de que su hermana pudiera respirar.

Mientras Yasmeen aspiraba desesperadamente el oxígeno, Rania buscaba una salida. Avanzó tambaleándose hasta el patio, donde encontró una silla. Se dejó caer en ella, su cuerpo exhausto, pero su mente clara en su propósito; proteger a su hermana hasta el final. —Respira tranquila, Yasmeen, todo estará bien, —le dijo con voz suave, aunque sentía cómo su propio cuerpo se debilitaba rápidamente. La tos comenzó a apoderarse de ella, y Yasmeen, preocupada, la miró a través de la máscara.

—Hermana, estás botando fresas por la boca, murmuró Yasmeen, confundida al ver la sangre que manchaba los labios, el mentón y el cuello de Rania. Pero Rania, en lugar de asustarse, le sonrió con dulzura. —Es posible, hoy comí fresas y me las comí a escondidas. Cuando termine todo esto, te invitaré a unas cuantas que encontré, —respondió, su voz apenas un susurro. —Ahora cierra los ojos y descansa hasta que lleguen papá y mamá.

Rania acomodó a Yasmeen en su regazo, manteniendo la máscara firmemente en su lugar, mientras su propia respiración se hacía cada vez más difícil. Sentía cómo la vida se le escapaba lentamente, pero no se permitió perder el control. Mantuvo la calma, el amor por su hermana siendo lo único que la sostenía. Pasaron horas antes de que los grupos de rescate llegaran al refugio. Cuando Hassam y Noura finalmente pudieron entrar, encontraron el lugar devastado, con pocos sobrevivientes. Desesperados, buscaron entre los

Christian Castro Silva

escombros, gritando los nombres de sus hijas. Cuando vieron a Rania sentada en la silla, mirando al cielo, con Yasmeen en sus brazos, un rayo de esperanza iluminó sus corazones. Se apresuraron hacia ellas, pero algo en la quietud de Rania les hizo detenerse.

Yasmeen movía sus pequeñas manos, aún aferrada a la vida gracias al oxígeno que su hermana le había dado. Pero Rania no se movía. Hassam la llamó, su voz quebrándose por el miedo, pero Rania no respondió. Sus ojos, abiertos y brillantes, estaban fijos en el cielo, como si hubiera encontrado en el último momento un consuelo que los demás no podían ver. Una única lágrima recorría su mejilla, como si en ese instante final, Alá se le hubiera presentado, llevándola a un lugar seguro y sin sufrimiento.

Hassam intentó reanimarla, con su desesperación palpable en cada movimiento, pero Rania ya había partido. Noura, destrozada por el dolor, se arrodilló junto a ellos, susurrando a su marido que su hija había reservado su último aliento para salvar a su hermana.

Abrazaron a Rania con fuerza, sus lágrimas mezclándose con el polvo y la sangre que cubrían su pequeño cuerpo, mientras Yasmeen, aún viva gracias a la valentía de su hermana, murmurando en su letargo el nombre de su hermana Rania.

Las noticias sobre el bombardeo al refugio de Nuseirat se difundieron rápidamente. La radio informaba que 56 personas, entre ellas 23 niños, habían perdido la vida en el ataque, una más en la interminable lista de víctimas.

Juguetes Entre Los Escombros

Para el mundo, Rania era solo una cifra, otro número en la infernal masacre israelí, pero para su familia, y especialmente para Yasmeen, Rania siempre sería la hermana que lo dio todo, hasta el último aliento, por amor.

Hassam y Roura no se separaban del cuerpo inerte de Rania. Las lágrimas caían incontrolablemente, mientras Yasmeen, con su rostro todavía cubierto por la máscara de oxígeno, observaba la escena con confusión y miedo. No comprendía completamente lo que había sucedido, pero sentía en su interior un dolor que no podía describir, una sensación de pérdida que la haría aferrarse a la memoria de su hermana para siempre.

Roura intentó tapan los oídos de Yasmeen cuando la radio volvió a encenderse en el coche, anunciando con frialdad el número de muertos en el bombardeo de Nuseirat. Su corazón se rompió en mil pedazos al escuchar cómo su hija, su pequeña y valiente Rania, se convertía en una estadística más, en un número sin rostro en medio de la brutalidad de la masacre israelí. Noura, con una mirada vacía, se sentó junto a sus hijas, acunando el cuerpo de Rania mientras murmuraba oraciones a Alá, en un intento de encontrar consuelo, aunque sabía que no lo habría.

Los días que siguieron al bombardeo fueron una mancha de dolor y desesperación. El entierro de Rania fue una ceremonia sencilla pero desgarradora, rodeada de otras familias que también lloraban a sus muertos. La pequeña tumba de Rania, marcada con una simple piedra, se unió a las innumerables otras que llenaban los campos alrededor de Gaza, cada una contando una historia de vida truncada demasiado pronto.

Christian Castro Silva

Yasmeen, que sobrevivió gracias al sacrificio de su hermana, se aferró a la memoria de Rania con una devoción casi obsesiva. Cada noche, antes de dormir, besaba la fotografía de su hermana y susurraba las palabras que Rania le había dicho en sus últimos momentos; —“El último aire lo reservé para ti”. Esas palabras se convirtieron en un mantra, un recordatorio del amor incondicional que Rania había mostrado hasta el final.

Hassam y Noura, destrozados por el dolor, lucharon por seguir adelante, por Yasmeen, que ahora cargaba no solo con la pérdida de su hermana, sino también con la responsabilidad de sobrevivir en un mundo que parecía empeñado en arrebatarles todo. La masacre israelí continuaba, implacable, pero para ellos, el mundo se había detenido el día que Rania murió.

La radio, siempre presente, continuaba narrando el horror diario, pero para Hassam y Noura, las palabras ya no tenían sentido. Todo se había vuelto una neblina de tristeza y resignación, mientras intentaban encontrar un propósito en un mundo que les había arrebatado tanto.

En los años que siguieron, Yasmeen creció, y aunque la vida siguió su curso, nunca olvidó el sacrificio de su hermana. Se convirtió en una joven fuerte y decidida, llevando en su corazón el legado de Rania. Cada vez que respiraba profundamente, recordaba el último aliento que su hermana le había dado, y eso la impulsaba a luchar por un futuro mejor, no solo para ella, sino para todos los que habían perdido a alguien en esa masacre sin fin.

Y así, en medio del dolor y la devastación, la historia de Rania vivió en la memoria de su familia y en los

Juguetes Entre Los Escombros

corazones de quienes la conocieron. No fue solo un número más, sino una heroína que, en sus últimos momentos, demostró un amor más grande que la vida misma, el amor fraternal dibujado en un último aliento.



Christian Castro Silva

CAPÍTULO IV
CRECERÁN COMO LAS FLORES

Dos aviones de combate F-16 Fighting Falcon, despegan desde la base aérea de Nevatim en Israel un día de octubre del 2023.

Torre de Control de Nevatim (Torre): Torre a Falcon 1 y Falcon 2 destinados a bombardear Rafah, verifiquen formación y altitud. Objetivo en visual, a 10 kilómetros al sur. Mantengan silencio de radio después de la verificación. Cambio.

Falcon 1: Aquí Falcon 1. Formación en línea, altitud a 5000 pies. Todo en orden. Cambio.

Falcon 2: Falcon 2, en formación y confirmando altitud. Objetivo en visual. Preparado para el ataque. Cambio.

Torre de Control (Nevatim): Recibido, Falcon 1 y Falcon 2. Procedan con aproximación. Autorizado ataque en tres fases. Primera fase: bombardeo inicial sobre el barrio de Zarqa.

Segunda fase: evaluación de daños.

Tercera fase: ataque final si es necesario. Mantengan 300 pies de separación en el descenso. Confirmar cuando estén en posición. Cambio.

Falcon 1: Falcon 1, recibido. Descendiendo a posición. Cambio.

Falcon 2: Falcon 2, descendiendo a posición. Alerta máxima. Cambio.

Un breve silencio sigue mientras los cazas descienden, el ruido de los motores resonando en el interior de las

Juguetes Entre Los Escombros

cabinas. El objetivo se acerca rápidamente en sus pantallas.

Falcon 1: Falcon 1 en posición. Armamento listo. Marcando objetivo civil. Cambio.

Falcon 2: Falcon 2 en posición. Confirmado visual sobre objetivo civil. Listo para ataque en su señal. Cambio.

Torre de Control (Nevatim): Autorizado ataque. Repito, autorizado ataque. Impacto en tres, dos, uno... ¡fuego! Cambio.

Falcon 1: Falcon 1, armamento liberado. Bombas de racimo en camino. Cambio.

Falcon 2: Falcon 2, armamento liberado. Bombas de racimo en camino. Manteniendo formación. Cambio.

El silencio es roto por el sonido de explosiones a lo lejos, una sacudida a través de los controles.

Falcon 1: Falcon 1, confirmando impacto directo. Evaluando daños. Cambio.

Falcon 2: Falcon 2, impacto confirmado. Estructura principal destruida. Sin necesidad de segundo ataque. Regresando a altitud operativa. Cambio.

Torre de Control (Nevatim): Recibido, Falcon 1 y Falcon 2. Buen trabajo. Procedan a punto de encuentro y regresen a base. Mantengan silencio de radio a partir de ahora. Cambio y fuera.

Falcon 1 y Falcon 2: Recibido. Falcon 1 y Falcon 2, cambio y fuera.

Christian Castro Silva

Con el objetivo destruido y la misión cumplida, los cazas viran hacia su punto de encuentro, el ruido de los motores y el viento es lo único que los acompaña en su camino de regreso desde Rafah a la base de Nevatim. Luego del ataque, a la mañana siguiente, en los polvorientos barrios de Rafah en la franja de Gaza, los días se rodaban entre escombros y esperanza, pero para Yassin Al Ghalban, cada amanecer traía consigo la promesa de un balón rodando. A sus apenas ocho años, Yassin era una pequeña estrella en medio de la desolación, un niño que había nacido con un don raro en esas tierras castigadas: un talento natural para el fútbol. En las calles estrechas y llenas de polvo, donde las casas se alzaban como testigos mudos de la guerra, Yassin corría tras su sueño con una pasión que desafiaba la realidad que lo rodeaba.

Cada tarde, cuando el sol comenzaba a descender y bañaba el barrio con una cálida luz dorada, Yassin salía a jugar. Los niños del vecindario, tanto pequeños como mayores, se reunían alrededor de una pequeña cancha de futbol de la Escuela privada Dar Al-Fadila, donde el fútbol se convertía en un escape de las sombras de la guerra. Los gritos de alegría y emoción llenaban el aire, y por un breve momento, las preocupaciones y los bombardeos de la noche anterior quedaban atrás, sustituidas por el simple gozo de un balón que volaba de pie en pie. Hahmad, el padre de Yassin, observaba desde la distancia con orgullo en sus ojos cansados. Sabía que su hijo tenía un don, algo especial que lo hacía destacar entre los demás niños. En sus sueños, Hahmad veía a Yassin jugando en grandes estadios, como su ídolo Messi o el cercano héroe Karim Benzema, llevando el nombre de Rafah y de Gaza a lugares donde la guerra no tenía cabida. Aunque la realidad a menudo le recordaba lo incierto de esos sueños, Hahmad se aferraba a la

Juguetes Entre Los Escombros

esperanza, la única cosa que la guerra no había podido arrebatarse. Pero en Gaza, la paz era tan frágil como el cristal. Y en medio de la alegría de un partido, cuando los niños reían y corrían sin preocupaciones, los bombardeos a veces regresaban como un trueno que rompía el cielo. Los partidos terminaban abruptamente, los gritos de emoción se convertían en silencios tensos, y los niños, junto a Yassin, se dispersaban buscando refugio.

Yassin, con su balón aún bajo el brazo, miraba al cielo con una mezcla de temor y desafío. Su sueño de ser un gran futbolista no se apagaba con las bombas, pero en esos momentos oscuros, sentía el peso de una realidad que a veces le robaba la infancia. Sin embargo, cada día, cuando el ruido cesaba y el sol volvía a salir, él regresaba al campo improvisado en medio de Rafah, decidido a seguir jugando, decidido a seguir soñando. Porque en su corazón, Yassin sabía que su balón podía volar más alto que las sombras de la guerra, y que algún día, de alguna manera, su talento lo llevaría más allá de las ruinas.

Varios días después, el cielo en Gaza seguía cubierto por una pesada capa de polvo, pero en medio de la desolación, la risa de unos pocos niños todavía resonaba como un eco de vida. Yassin estaba sentado junto a sus amigos Zaid y Nader, en la pequeña cancha de fútbol en la Escuela privada Dar Al-Fadila, donde solían jugar. La cancha, marcada por grietas y escombros, era un refugio donde los sueños de estos niños todavía tenían espacio para florecer. Yassin, con su balón gastado entre las manos, era el centro de admiración y esperanza para sus compañeros.

Zaid y Nader, casi de la misma edad que Yassin, lo miraban con una mezcla de asombro y envidia sana. Lo

felicitaban constantemente por su habilidad en el campo, soñando con algún día ser tan buenos como él. Yassin, humilde y con una sonrisa tímida, les explicaba lo que sentía cada vez que jugaba. —Cuando tengo el balón, siento que es una extensión de mis pies, —les decía, sus ojos brillando con la pasión de un niño. —Y cuando miro a mis oponentes, es como si se movieran en cámara lenta. Todo se vuelve tan fácil... robarles el balón, esquivarlos y hacer un gol. Zaid y Nader lo escuchaban con atención, sorprendidos por la facilidad con la que Yassin describía algo que para ellos parecía casi mágico. Deseaban con todas sus fuerzas poder sentir lo mismo algún día, poder jugar con la misma gracia y talento que su amigo en algún equipo de Europa.

—¿Van a jugar este fin de semana? — preguntó Yassin, cambiando de tema, su voz cargada de una inocente emoción. El fútbol era su manera de olvidar el ruido de las bombas y el miedo constante. Pero la respuesta de Zaid fue un recordatorio cruel de la realidad en la que vivían. —No lo sé, Yassin, respondió, su tono más apagado. —Khaled... Khaled no podrá jugar. —En los últimos bombardeos, una bomba alcanzó su casa. Perdió sus piernas.

Las palabras de Zaid cayeron como un golpe en el corazón de Yassin. La sonrisa se desvaneció de su rostro mientras trataba de asimilar la noticia. Khaled, su amigo, el chico que siempre corría tan rápido que casi parecía volar, ya no volvería a correr. Nader, quizás en un intento de consolarse a sí mismo y a los demás, intervino con una idea que sólo un niño podía concebir. —No te preocupes mucho, Yassin, dijo con una seguridad infantil. —Tal vez en el futuro sus piernas vuelvan a crecer. Cuando uno llega a la adolescencia, crece mucho,

Juguetes Entre Los Escombros

¿verdad? Así que, tal vez, su cuerpo hará que crezcan de nuevo otras piernas para él. Zaid asintió, aferrándose a la esperanza imposible que Nader ofrecía. —Sí, tal vez tengas razón. Cuando crecemos, todo nuestro cuerpo cambia. Quizás eso incluya las piernas que Khaled perdió.

Yassin, no sabía a ciencia cierta si aquello era posible, y decidió seguir pensando que era una posibilidad, para poder ver pronto a Khaled en las canchas. En ese instante Yassin sintió seguridad en sus palabras, por un momento, las palabras de Nader tenían sentido pues todo crece con la adolescencia. —Sí, — murmuró, forzando una sonrisa. —Tal vez crezcan como las flores... otra vez.

Esa tarde, los tres niños fueron a visitar a Khaled. Lo encontraron en su cama, el lugar donde ahora pasaba la mayor parte del tiempo. Sus ojos se iluminaron al ver a sus amigos entrar en su habitación. Aunque ya no tenía piernas, Khaled seguía siendo el mismo niño lleno de vida que habían conocido. Yassin, Zaid y Nader se acercaron a él con cuidado, sin saber exactamente qué decir. Pero Khaled, con una sonrisa que ocultaba el dolor de su nueva realidad, fue quien rompió el silencio. — Yassin, qué bueno que vinieras, ¿puedes hacer unas piruetas con el balón para mí? Quiero verte jugar... así puedo imaginar que sigo de pie, corriendo junto a ti.

Yassin asintió, su corazón latiendo con fuerza mientras sacaba el balón de su mochila. Lo colocó en el suelo y comenzó a hacer malabares con él, moviéndose con una agilidad que parecía desafiar las leyes de la gravedad. Realizó trucos como los que había visto hacer a Ronaldinho en la televisión, girando y saltando con el balón, mientras sus amigos observaban con asombro.

Christian Castro Silva

Khaled, desde su cama, reía y aplaudía, sus ojos brillando con una felicidad que no había sentido desde el día del bombardeo. Por un instante, el dolor, la pérdida y el miedo desaparecieron. En ese cuarto pequeño y destartalado, los niños volvieron a ser simplemente niños, compartiendo un momento de pura alegría. Yassin continuó con las piruetas, sus movimientos ligeros como el viento, mientras la risa de Khaled llenaba la habitación. Nader y Zaid aplaudían y reían junto a él, contagiados por la magia del momento. Era como si, por un instante, el mundo fuera un lugar diferente, uno donde las bombas no existían y donde los sueños de un niño podían crecer como flores, sin ser arrancados por la guerra.

En ese instante, todos fueron felices, aunque solo fuera por un momento. Esa noche, el aire en Rafah estaba cargado de emoción y expectativa. Las luces de la cancha brillaban como estrellas sobre el suelo polvoriento, iluminando el lugar que se había convertido en el escenario de los sueños de Yassin. La gente del barrio, junto con familias y amigos de todas partes de Gaza, se reunía para presenciar lo que muchos llamaban "la noche del fútbol en Gaza", pero para Yassin, era mucho más que eso. Era la noche en la que su destino empezaría a tomar forma.

Desde temprano, Yassin había estado inquieto, su corazón latiendo con fuerza a medida que se acercaba el momento. Su padre, Hahmad, lo observaba con una mezcla de orgullo y preocupación. Sabía cuánto significaba este partido para su hijo, y aunque compartía su entusiasmo, no podía evitar sentir una sombra de temor. Las noches en Gaza siempre eran impredecibles, y la alegría podía transformarse en tragedia en un abrir y cerrar de ojos.

Juguetes Entre Los Escombros

Pero esa noche, la esperanza prevalecía sobre el miedo. Hahmad llevó a Yassin a la cancha, caminando con él por las estrechas calles del barrio, donde la gente los saludaba con sonrisas y palabras de aliento. —Hoy es tu noche, hijo, —le dijo su padre Hahmad mientras colocaba una mano en el hombro de Yassin. —Juega como sabes. No te preocupes por nada más y deja el nombre de Gaza en alto y de Palestina en el lugar que le corresponde, que Alá te bendiga querido hijo. Yassin asintió, su pequeño cuerpo vibrando de emoción. Al llegar a la cancha, vio a sus amigos Zaid y Nader esperándolo. Ambos estaban nerviosos, pero la presencia de Yassin les daba confianza. Sabían que, con él en el equipo, tenían una oportunidad de ganar, pero lo más importante era compartir ese momento juntos, bajo las luces, con el sonido de las risas y los cánticos del público llenando el aire.

Khaled, a pesar de su situación, también estaba allí, llevado en una silla de ruedas por su padre. Sus ojos brillaban con admiración mientras miraba a Yassin, deseando poder unirse a él en el campo, correr como solía hacerlo antes. Pero esa noche no había envidia en su corazón, solo alegría por ver a su amigo alcanzar un sueño que, de alguna manera, sentía que también era suyo. Las gradas improvisadas estaban llenas de personas de todas las edades, desde niños pequeños hasta ancianos que se aferraban a la esperanza que Yassin representaba. La voz se había corrido rápidamente, y todos querían ser testigos de la magia que el pequeño prodigio del fútbol iba a desplegar.

Cuando llegó el momento de empezar, Yassin se colocó en el centro del campo. Las luces brillaban intensamente, y por un instante, todo lo demás desapareció. No había

Christian Castro Silva

guerra, no había bombas, no había miedo. Solo estaba él, el balón a sus pies, y un vasto campo de posibilidades ante él. Sus amigos se colocaron en sus posiciones, y con un silbido del árbitro, el partido comenzó. Yassin se movía con una gracia natural, el balón parecía estar atado a sus pies, siguiendo cada uno de sus movimientos con precisión. Los espectadores observaban en silencio al principio, conteniendo la respiración, pero pronto los murmullos de admiración se convirtieron en gritos de apoyo y aplausos. Cada vez que Yassin esquivaba a un oponente, cada vez que se acercaba al arco, la multitud rugía con entusiasmo.

Zaid y Nader hicieron su parte, apoyando a Yassin en cada jugada, pero era evidente para todos que el espectáculo era suyo. Su habilidad era innata, una mezcla de talento y pasión que pocos podían igualar. Incluso los niños del otro equipo, aunque jugaban con todas sus fuerzas, no podían evitar admirar la destreza de Yassin. El tiempo parecía detenerse mientras Yassin corría hacia el arco, esquivando a un último defensor con una agilidad asombrosa. La multitud se puso de pie, conteniendo la respiración mientras preparaba su tiro. Con un movimiento preciso, Yassin lanzó el balón con la parte interna de su pie, enviándolo hacia la esquina superior del arco, fuera del alcance del portero. El balón golpeó la red con un sonido sordo, y por un instante, hubo un silencio absoluto. Luego, el estallido de alegría fue ensordecedor. La gente gritaba, aplaudía, y algunos incluso lloraban. Yassin había marcado el gol del triunfo, pero más que eso, había dado a su comunidad algo que anhelaban desesperadamente: una razón para creer en un futuro mejor. Hahmad, en las gradas, sentía que su corazón iba a estallar de orgullo. Miró a su hijo, que estaba siendo levantado en hombros por sus amigos, y

Juguetes Entre Los Escombros

pensó que tal vez, solo tal vez, Yassin realmente podría lograr lo imposible. Mientras la multitud celebraba, Yassin sonreía, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad. Sabía que esa noche nunca la olvidaría. Había jugado como Messi, como Benzema, y había hecho feliz a su gente, pero cuando celebró su gol lo hizo como Cristiano Ronaldo y gritó: —Siuuuuuuuu.

Pero mientras la alegría se desbordaba en la cancha, el cielo nocturno de Gaza se tornaba oscuro y ominoso. Lejos de allí, los aviones de combate comenzaron a surcar el cielo, llevando consigo una amenaza que ningún niño debería conocer. La noche, tan llena de esperanza, estaba a punto de cambiar, y el destino de Yassin y su barrio estaba en manos de fuerzas mucho más allá de su control. Yassin, ajeno al peligro inminente, seguía celebrando su victoria, sin saber que la verdadera prueba estaba por llegar, una prueba que pondría a prueba no solo su talento, sino su capacidad de aferrarse a los sueños en un mundo que se empeñaba en arrebatárselos.

Torre de Control (Nevatim): Falcon 1, Falcon 2, aquí Torre de Control Nevatim. ¿Me copian?

Falcon 1: Torre de Control, Falcon 1 en línea. Copiado.

Falcon 2: Falcon 2 aquí. Copiado, Torre de Control.

Torre de Control (Nevatim): Falcon 1 y Falcon 2, tienen autorización para despegar. Objetivo en coordenadas enviadas. Se ha detectado una fuente de luz en medio de la oscuridad, posible actividad sospechosa terrorista de Hamás. Se descarta que existan civiles en la zona, pero si los hubiera, sería sólo daño colateral. Procedan a

Christian Castro Silva

discreción, pero su misión es neutralizar cualquier amenaza, que en este momento son esas luces.

Falcon 1: Recibido, Torre de Control. Despegando ahora.

Sonido de motores rugiendo mientras los cazas despegan de la base.

Falcon 2: Despegando. En ruta hacia el objetivo.

Pasan unos minutos de vuelo mientras los cazas se acercan al área designada.

Falcon 1: Torre de Control, Falcon 1. Tenemos visual del objetivo. Confirmando fuente de luz en la zona, parece ser un grupo concentrado. Solicito confirmación de ataque.

Torre de Control (Nevatim): Falcon 1, Falcon 2, confirmen posible presencia de terroristas de Hamás. Se sospecha de actividad terrorista en el área, hay posibilidad de daño colateral, en caso de que existan civiles. Procedan a discreción, pero eliminen el objetivo de luz. Mantengan contacto constante.

Falcon 2: Entendido, Torre. Aumentando el zoom. Evaluando situación.

Silencio tenso mientras los pilotos evalúan la situación.

Falcon 1: Torre de Control, aquí Falcon 1. Confirmando presencia de múltiples personas, desde mi vista si son todos combatientes. Se observan movimientos descoordinados. La fuente de luz parece estar en el centro de la formación.

Juguetes Entre Los Escombros

Torre de Control (Nevatim): Falcon 1, Falcon 2, prioridad es neutralizar la amenaza con el menor daño colateral posible. Si pueden realizar un ataque de precisión, procedan bajo su propia discreción.

Falcon 2: Recibido. Preparando misiles de precisión. Objetivo bloqueado.

Falcon 1: Torre de Control, ¿autorización para disparo de precisión?

Torre de Control (Nevatim): Autorizado, Falcon 1. Procedan.

Falcon 1: Falcon 1, disparando en 3... 2... 1...

Sonido de misiles lanzados, seguido de una breve pausa.

Falcon 2: Impacto confirmado, Torre de Control. Fuente de luz neutralizada. Evaluando daños colaterales... parece que la mayoría de los individuos eran combatientes. Algunas bajas civiles son probables, pero no importantes. Solicito instrucciones adicionales.

Torre de Control (Nevatim): Recibido, Falcon 2. Regresen a base. Buen trabajo, pero esperen un informe completo al aterrizar. Prioridad es evitar la escalada en los medios.

Falcon 1: Copiado, Torre de Control. Regresando a base.

Falcon 2: Entendido. Regresando a base. Los cazas giran y regresan a Nevatim, el sonido de sus motores disminuyendo mientras se alejan del área objetivo.

Torre de Control (Nevatim): Falcon 1, Falcon 2, buen trabajo. Esperamos su regreso, sanos y salvos. Torre de Control fuera.

En tierra, Yassin, aún envuelto en la euforia de su gol, escuchó el sonido de los aviones que se aproximaban en picada. Al principio, pensó que formaba parte de la celebración, un espectáculo para hacer la noche aún más mágica. Pero cuando vio las luces de las bombas descender y estrellarse contra el suelo, la realidad lo golpeó con fuerza. Las luces del partido de fútbol habían alertado a un vuelo de reconocimiento de la fuerza aérea israelí, que envió dos aviones de combate para arrasarse la zona. El resultado fue devastador: 37 civiles muertos, incluidos los niños que jugaban en las canchas.

Entre las víctimas estaban los niños que jugaban en la cancha de fútbol, incluidos Zaid y Nader. Personas en las gradas también resultaron heridas y muchas perdieron la vida. El padre de Yassin sobrevivió y, en medio del caos, logró sacar a su hijo de la cancha, pero el fuego los alcanzó antes de poder escapar por completo. Los días que siguieron fueron un constante ir y venir de médicos y enfermeras voluntarios, de visitas breves y silenciosas, y de miradas compasivas que apenas podían ocultar la tristeza. Yassin, aun recuperándose, mantenía su optimismo, mientras Hahmad lo cuidaba con una devoción que parecía consumirlo por completo. Sin embargo, cada noche, cuando creía que Yassin dormía, Hahmad se permitía llorar en silencio, incapaz de aceptar la cruda realidad que le había sido impuesta a su hijo.

Una tarde, mientras Yassin intentaba mover sus brazos para alcanzar un vaso de agua que estaba sobre la mesita junto a su cama, su mirada se detuvo en la ventana. Afuera, el sol comenzaba a ponerse, tiñendo el

Juguetes Entre Los Escombros

cielo con tonos anaranjados y rosas. En ese momento, Yassin recordó las tardes en que él, Zaid y Nader jugaban al fútbol hasta que la oscuridad los obligaba a detenerse. Se acordó de cómo Zaid se reía cuando él hacía malabares con el balón y de cómo Nader siempre intentaba imitarlo, aunque no siempre lo lograba.

Días después, Yassin despertó por completo en la cama del hospital Emirati de Maternidad, en el barrio de Tal al Sultán en Rafah. Yassin miró a su padre con una sonrisa que parecía iluminar todo el cuarto, aunque su rostro estaba marcado por la tristeza y cortes producto de las esquirlas. Hahmad, con los ojos llenos de lágrimas, acarició la cabeza de su hijo, tratando de contener el dolor que sentía en su pecho. La esperanza inocente de Yassin era como un rayo de luz en medio de la oscuridad, pero Hahmad sabía que la realidad era mucho más cruel.

—Papá, ¿puedo ver a Zaid y Nader? —preguntó Yassin, todavía sin comprender la magnitud de lo ocurrido.

Ahmad sintió un nudo en la garganta. —Hijo, ellos... ellos se fueron a un lugar mejor, donde no hay más bombas ni guerra, —respondió con la voz quebrada, luchando por mantener la compostura.

Yassin cerró los ojos por un momento, tratando de asimilar lo que su padre había dicho, mientras sus lágrimas corrían por su demacrado rostro. —Entonces, están jugando juntos, ¿verdad? Están corriendo por un campo de flores al lado de Alá, esperando a que yo me recupere para que podamos jugar otra vez.

Hahmad no pudo contener las lágrimas. Se inclinó y abrazó a su hijo con fuerza, como si ese abrazo pudiera

protegerlo de todo el dolor y el sufrimiento que lo rodeaba. —Sí, hijo, ellos te están esperando, — susurró. El hospital estaba en silencio, interrumpido solo por el llanto ahogado de Hahmad y la respiración tranquila de Yassin. A pesar de todo, el niño seguía soñando con un futuro en el que sus piernas volvieran a crecer, donde pudiera correr y jugar como antes. Pero para Hahmad, ese sueño era un recordatorio doloroso de todo lo que su hijo había perdido.

Los días siguientes pasaron en una especie de neblina para Yassin, rodeado del amor de su padre, pero también del dolor de la pérdida. Hahmad hacía lo posible por mantener vivo el espíritu de su hijo, hablando con él sobre sus sueños, contándole historias de futbolistas que habían superado grandes obstáculos, intentando desesperadamente sostener la esperanza que Yassin aún guardaba en su corazón.

Una tarde, mientras el sol se ponía y llenaba la habitación de una luz cálida y dorada, Yassin volvió a sonreír. —Papá, un día mis piernas volverán a crecer como las flores, y cuando eso pase, correré tan rápido que ni las bombas podrán alcanzarme.

Hahmad asintió, apretando la mano de su hijo. —Lo sé, Yassin. Y cuando eso pase, serás el mejor futbolista que Gaza haya visto jamás. Yassin cerró los ojos, imaginándose corriendo por un campo de fútbol soleado junto a sus amigos, sintiendo el viento en su rostro y el balón bajo sus pies. Y aunque la realidad era dura y despiadada, en ese momento, en la calidez del amor de su padre, Yassin encontró la fuerza para seguir soñando.

Juguetes Entre Los Escombros



Christian Castro Silva

CAPÍTULO V
ABRAZO CON GUANTES DE LATEX

La familia de Yousef vivía en Shejaiya, un barrio de la Franja de Gaza donde las resonancias de la guerra se entrelazaban con la vida diaria. Aunque la destrucción se alzaba como una sombra permanente sobre ellos, dentro de su hogar había un refugio de amor y esperanza. Mohammad, el padre de Yousef, era un veterinario caritativo, conocido por su noble misión: rescatar a los animales atrapados entre los escombros después de los bombardeos. Perros, gatos, aves, cualquier criatura que sobreviviera al caos de las explosiones encontraba en él un salvador. Mohammad siempre llevaba consigo guantes de látex, esos que Yousef reconocía por su suave olor a esperanza.

A sus siete años, Yousef ya había acompañado a su padre en muchas de estas misiones, caminando entre los restos de edificios, escuchando las palabras de Mohammad, quien le enseñaba que aquellos pequeños animales eran criaturas de Alá, seres inocentes que necesitaban protección. —Son nuestros hermanos menores, — le decía su padre, con una mirada cálida, —y salvarlos hace feliz a Alá. Esas palabras se quedaron grabadas en el corazón de Yousef, quien siempre intentaba estar presente cuando su padre encontraba a un nuevo animal herido. El niño lo observaba curar sus heridas, sintiendo que, de alguna manera, ellos también estaban sanando las cicatrices invisibles de la guerra.

En las noches más peligrosas, cuando los bombardeos retumbaban sobre Gaza y la familia se refugiaba en casa, su abuela Zahra encendía velas y les contaba historias sobre animales valientes que sobrevivían a todo tipo de adversidades. Las llamas titilantes proyectaban sombras en las paredes, mientras Lina, la madre de Yousef, preparaba el knafeh, ese delicioso postre palestino que

Juguetes Entre Los Escombros

llenaba el hogar de un aroma dulce, ofreciendo un consuelo cálido en medio del miedo. Durante esas noches, a pesar del peligro afuera, la casa estaba llena de una paz frágil, un momento donde el mundo exterior parecía detenerse, y el amor familiar envolvía a todos.

Yousef, sentado cerca de su padre, a menudo acariciaba a los animales que rescataban, algunos de ellos a la espera de ser adoptados. Siempre que Mohammad terminaba de curar a uno, lo abrazaba y le decía: —Ya no hay de qué preocuparse. Se quedarán con nosotros un tiempo más en este mundo.

Para Yousef, esas palabras eran un bálsamo que aliviaba el dolor de las pérdidas que la guerra traía Israel hasta los barrios y la puerta de su hogar.

Sin embargo, había algo más que lo reconfortaba. Cada vez que veía a su padre enfundar los guantes de látex, un gesto que para él significaba protección y cuidado, Yousef sentía una extraña fascinación. Cuando Mohammad no estaba, el niño se acercaba a la caja de guantes, sacaba uno nuevo y lo olía. Para él, ese olor era el aroma de la esperanza, de las segundas oportunidades que su padre ofrecía a esos pequeños seres. Los guantes eran una promesa de que, aunque el mundo pareciera desmoronarse a su alrededor, todavía existía un espacio para la compasión.

Así transcurrían los días de Yousef, entre el estruendo de las bombas y la calma de su hogar, aprendiendo que incluso en medio de la guerra, la bondad podía florecer en los lugares más inesperados.

Los días en Gaza habían sido especialmente duros, y uno de esos bombardeos alcanzó el barrio de Yousef. El

estruendo de las explosiones resonaba en sus oídos y las columnas de humo se alzaban en el cielo, oscureciendo el sol. Cuando la tierra finalmente dejó de temblar, la gente salió de sus casas, ayudando en los rescates, removiendo escombros y buscando señales de vida entre los escombros. Yousef, junto a su padre Mohammad, salió a cumplir una misión que ya se había vuelto su rutina, aunque una rutina que nunca debería haber existido: encontrar personas y también los animales atrapados y heridos.

Ese día fue especialmente sombrío. La devastación era inmensa y el aire olía a pólvora, tierra y desolación. Pero en medio de todo ese caos, entre los restos de lo que una vez fue el hogar de una de sus vecinas, encontraron a un pequeño perro de color caramelo. Estaba inmóvil, con una patita destrozada y una oreja mutilada. Su cuerpo temblaba levemente, casi sin fuerzas para seguir luchando. Yousef sintió cómo su corazón se apretaba al verlo, y sus ojos, tan jóvenes y tiernos, se llenaron de lágrimas.

Mohammad lo recogió con cuidado, notando que el pobre animal apenas respiraba. —Es un caso difícil, hijo, — dijo con tristeza, pero con esa compasión que nunca abandonaba su voz. —Pero haremos lo que podamos. Alá siempre cuida de los hermanos inocentes y más pequeños.

Llevaron al perrito de vuelta a casa, donde Mohammad, con sus guantes de látex y su maletín de herramientas veterinarias, intentó curar al animal. Los días que siguieron fueron de angustia y esperanza. Cada noche, Yousef se acercaba al pequeño perro, lo observaba con cariño y susurraba oraciones para que pudiera sobrevivir.

Juguetes Entre Los Escombros

Había algo en ese perrito que resonaba profundamente en él; tal vez era el hecho de que, como ellos, también era víctima de la guerra, y como ellos, solo buscaba un poco de paz.

Los primeros días parecían interminables. El pequeño perro, que apenas podía moverse, luchaba por mantenerse con vida. Había momentos en los que Mohammad pensaba que lo perderían, pero cada vez que miraba los ojos de su hijo, veía en ellos una fe inquebrantable. Era como si Yousef estuviera convencido de que aquel perro había llegado a sus vidas por una razón, que su lucha por sobrevivir tenía un propósito mayor.

Poco a poco, contra todo pronóstico, el pequeño perro comenzó a sanar. Su recuperación fue lenta, pero cada día mostraba una nueva señal de mejoría. Un día, mientras Yousef lo acariciaba con manos temblorosas de emoción, el perro levantó la cabeza y lamió su mano. Yousef sintió que una oleada de felicidad lo inundaba. A partir de ese momento, el perrito de color caramelo se convirtió en su amigo más fiel. No lo pusieron en adopción como solían hacer con los demás animales rescatados; esta vez, el perro se quedó en casa, y su madre, Lina, lo bautizó con el nombre de "Knafeh", porque su color recordaba al postre que tanto apreciaban.

La noche en que Knafeh, su pequeña mascota desorejada, se recuperó por completo, fue una noche especial. La casa de Yousef, a pesar de estar en medio de la devastación, se llenó de una luz cálida, como si el simple hecho de que Knafeh hubiera sobrevivido les trajera un respiro de felicidad en medio de tanto sufrimiento. Zahra, la abuela de Yousef, les contó una

Christian Castro Silva

historia a la luz de las velas, como solía hacer en los momentos más oscuros.

Este perrito, nuestro Knafeh, contaba Zahra con su voz suave pero llena de sabiduría, —ha sobrevivido porque Alá lo ha querido así. Él ha sido enviado a nuestra familia como una recompensa. Alá lo ha puesto en nuestro camino para que, a pesar de todo el dolor que vivimos, siempre tengamos una razón para sonreír. Knafeh no solo es un animalito rescatado, es un regalo para ti, Yousef, por tu bondad, por la compasión que has mostrado hacia tus hermanos menores, los animales. Él ha sido salvado para darte felicidad, para ser tu amigo y recordarte que, aunque nuestro mundo se caiga a pedazos, siempre habrá algo que vale la pena salvar.

Yousef, abrazando a Knafeh, sintió una mezcla de alegría y tristeza. La guerra que Israel trajo hasta el barrio, seguía afuera, el miedo y la incertidumbre aún eran sus compañeros diarios, pero en ese momento, rodeado de su familia y de su pequeño amigo de color caramelo, sintió una paz que lo llenaba por dentro. Miró a su padre, quien sonreía, y se dio cuenta de que, a veces, en medio del caos más absoluto, la vida encontraba maneras de florecer, aunque fuera en los lugares más inesperados.

Knafeh se quedó con ellos, siempre a su lado, una pequeña criatura que había sobrevivido a la guerra para recordarles que, incluso en los tiempos más oscuros, la bondad y el amor podían prevalecer.

Los días con el pequeño perrito Knafeh fueron una especie de refugio para Yousef. En medio de los ecos lejanos de las explosiones y la constante sensación de

Juguetes Entre Los Escombros

miedo que flotaba en el aire, el pequeño perro color caramelo se convirtió en su compañero inseparable.

Desde el día en que Knafeh había sido salvado de entre los escombros, algo en la vida de Yousef cambió. Aunque el peligro y la incertidumbre seguían acechando, había un rincón en su corazón donde el amor y la ternura florecían cada vez que miraba a su pequeña mascota.

Knafeh lo seguía a todas partes, cojeando un poco por la patita que había perdido, pero siempre con una energía que hacía sonreír a Yousef. Las tardes, aunque cortas debido a los toques de queda, las pasaban juntos en la pequeña sala o en el patio de su casa. A veces, Yousef se sentaba en el suelo polvoriento, mientras Knafeh, siempre atento, se acurrucaba a su lado, apoyando su cabeza en las piernas del niño. La calidez del cuerpo del perro contra el suyo le daba una sensación de seguridad, como si en ese pequeño espacio, nada malo pudiera pasar.

Había momentos en los que Yousef simplemente miraba a Knafeh, absorto en sus pensamientos. Recordaba el día en que lo encontraron entre los escombros, y cómo parecía que no sobreviviría. Ahora, Knafeh estaba a su lado, vivo y lleno de vida, aunque su pequeño cuerpo llevaba las marcas de la guerra. Era como si ambos, en su inocencia, hubieran formado un lazo especial, una conexión que nadie más podría entender.

Una tarde, mientras el cielo se teñía de un gris oscuro, anunciando una tormenta, Yousef y Knafeh se sentaron juntos cerca de la ventana, viendo cómo el viento levantaba el polvo del suelo. Yousef acariciaba suavemente la cabeza del perro, y Knafeh, agradecido,

Christian Castro Silva

movía su cola lenta y rítmicamente. Los bombardeos habían cesado por un tiempo, y por un breve momento, todo parecía en calma. Yousef comenzó a hablarle a Knafeh, como solía hacerlo cuando estaban solos.

—¿Sabes, Knafeh? — susurró el niño, su voz suave apenas un murmullo sobre el viento—. A veces pienso que eres como yo. Tú también has perdido algo, pero sigues aquí, sigues luchando. Me gustaría ser tan fuerte como tú.

Knafeh levantó su cabeza, sus ojos grandes y oscuros mirando directamente a los de Yousef, como si entendiera cada palabra. Era en esos momentos de silencio compartido que Yousef encontraba un consuelo que ninguna otra cosa le ofrecía. Knafeh no podía hablar, pero su presencia era suficiente para calmar el alma del niño.

Hubo una noche, después de un día particularmente difícil, en la que Yousef se despertó sobresaltado por un estruendo en la distancia. Su corazón latía con fuerza y el miedo lo envolvía. Las sombras en su cuarto parecían alargarse con cada destello de luz en el cielo, pero entonces sintió un ligero peso en su cama. Knafeh, como si entendiera el temor de su pequeño dueño, había saltado a su lado, acurrucándose cerca de su pecho. El calor del perro fue suficiente para que el miedo retrocediera lentamente. Yousef abrazó a Knafeh, sintiendo su respiración rítmica, y poco a poco se dejó vencer por el sueño, sabiendo que, al menos por esa noche, no estaba solo.

Los momentos que compartían juntos eran sencillos, pero llenos de significado. Como cuando Yousef, imitando a su

Juguetes Entre Los Escombros

padre, jugaba a ser veterinario, envolviendo suavemente la patita coja de Knafeh con vendas improvisadas. O las veces en que compartían trozos de pan bajo la mesa, mientras su madre Lina cocinaba, y Knafeh, con ojos brillantes de gratitud, lamía las migas que caían al suelo. Cada pequeño gesto, cada caricia, era un recordatorio para Yousef de que la vida, a pesar de todo, seguía adelante.

Había algo profundamente reconfortante en esos días en que todo lo que importaba era la conexión entre un niño y su perro. En medio de una guerra que lo arrancaba todo, Knafeh era su ancla, su pedacito de normalidad. A veces, Yousef se sentía triste sin saber exactamente por qué. Tal vez era porque entendía, en el fondo, que el mundo que conocía estaba desmoronándose poco a poco. Pero cada vez que miraba a Knafeh, veía una razón para seguir creyendo en la bondad, en la esperanza.

Una mañana, después de una noche de intensos bombardeos, Yousef salió al patio con Knafeh, el aire aún impregnado de humo de pólvora y tierra. Se sentó en el suelo, y el perro se acurrucó a su lado como siempre. Yousef lo abrazó con fuerza, sus lágrimas comenzando a caer silenciosamente.

—No sé qué va a pasar, Knafeh — susurró entre sollozos—. Pero me alegra que estés aquí conmigo.

Y, como si Knafeh entendiera cada palabra, el perro levantó su cabeza y lamió suavemente la mejilla de Yousef, secando sus lágrimas con ese gesto simple pero lleno de amor.

Aquella noche, las estrellas apenas se veían en el cielo de Gaza, cubiertas por una nube de humo y polvo que

Christian Castro Silva

parecía nunca disiparse. Los bombardeos se intensificaban, y la familia de Yousef, siguiendo las instrucciones de su padre Mohammad, se reunió en el centro de la sala. Cada explosión sacudía la casa, como si la tierra misma rugiera de dolor. Los aullidos de los perros rescatados en el patio y los maullidos desesperados de los gatos se mezclaban con los gritos de las personas en el vecindario, creando una cacofonía de miedo.

Yousef se encontraba en el centro de la familia, abrazando a Knafeh, su fiel compañero, que temblaba a su lado. A pesar del caos, había una pequeña calma en el corazón de Yousef cada vez que miraba a su perro. Knafeh, con su oreja faltante y su patita coja, era un símbolo de resistencia, de supervivencia en medio de la devastación. Pero esa noche, todo parecía diferente. Las explosiones eran más fuertes, más cercanas, como si el cielo mismo estuviera cayendo sobre ellos.

El suelo temblaba con tal fuerza que parecía abrirse bajo sus pies, y de repente, todo se oscureció. El estruendo final fue ensordecedor, y luego... silencio.

Horas después, cuando los primeros rayos de sol empezaban a filtrarse por entre las nubes de polvo, Yousef abrió los ojos. El frío de la mañana lo envolvía, pero lo que más sentía era un vacío inmenso. A su alrededor no quedaba nada de lo que había sido su hogar, solo escombros desperdigados, restos de muebles, paredes derrumbadas. Las casas vecinas estaban destruidas, y las voces apagadas de los vecinos que se acercaban a ayudar eran apenas susurros lejanos.

Juguetes Entre Los Escombros

Yousef se levantó lentamente, su cuerpo cubierto de polvo, su ropa sucia y su mente confusa. Caminó por lo que antes había sido su hogar, como un pequeño fantasma. A cada paso, el mundo parecía desmoronarse más a su alrededor. Los animales que su padre había rescatado y que habían llenado de vida su hogar estaban muertos, dispersos por el patio, como si la vida misma los hubiera abandonado en medio de la tormenta.

Caminando entre los escombros, sus ojos se encontraron con la figura inmóvil de su padre. Mohammad estaba parcialmente enterrado bajo los restos de una pared caída, uno de sus brazos sobresalía, aún cubierto por el guante de látex que usaba para cuidar a los animales. Era como si hubiera intentado proteger a su familia hasta el último momento. Yousef sintió un nudo en la garganta, incapaz de llorar, incapaz de comprender plenamente lo que había sucedido. Más allá, su abuela Zahra yacía con una expresión tranquila en su rostro, como si estuviera dormida, pero su cuerpo estaba inmovilizado por los escombros. Y en otro rincón, su madre Lina estaba sentada, su mirada perdida, como si hubiera intentado encontrar a Yousef antes de que la muerte la alcanzara.

Los vecinos corrían por lo que quedaba de la casa, tratando de ayudar, pero no había a quién salvar. La devastación era absoluta. Yousef, en estado de shock, caminaba sin rumbo, como un pequeño zombi que temblaba, sin emitir palabra alguna. Su mente estaba nublada, su cuerpo temblaba, y su corazón... su corazón estaba roto en mil pedazos, pero no encontraba las palabras para decir algo de lo que sentía en ese instante. En un momento, llegó al umbral de lo que quedaba de la puerta de su casa. Allí, en medio de los escombros, lo esperaba Knafeh, su fiel amigo. El perro lo miraba con la

Christian Castro Silva

cabeza ligeramente inclinada, sus ojos oscuros reflejaban la misma confusión que sentía Yousef. Era como si Knafeh le preguntara: ¿Qué pasó? ¿Por qué pasó esto? Ambos, perdidos en el silencio de la tragedia, se miraron. Yousef comprendió, de alguna manera, que su familia había dado sus vidas para protegerlo a él y a Knafeh. El sacrificio era evidente, pero el dolor era tan grande que no podía expresarlo con palabras, ni siquiera con lágrimas.

De repente, una ambulancia llegó al lugar. Los paramédicos encontraron a Yousef y lo llevaron rápidamente al hospital. Al revisarlo, los médicos estaban sorprendidos. Yousef tenía algunos rasguños, pero estaba prácticamente ileso. Su cuerpo no había sufrido grandes heridas, pero su alma, su corazón, estaban irreparablemente dañados y su cuerpo temblaba interminablemente.

Un médico, con una expresión de ternura y compasión, se acercó a él. Era un médico joven, de mirada amable y cansada, pero lleno de humanidad. Se inclinó hacia Yousef y le habló suavemente.

—Ya no hay de qué preocuparse, pequeño —dijo con una voz cálida—. Te quedarás con nosotros un tiempo más en este mundo. Estás a salvo, pequeño amiguito.

El médico lo abrazó, y en ese instante, algo dentro de Yousef se rompió. El abrazo, el olor a los guantes de látex que el médico usaba, le recordaban a su padre. Esa mezcla de familiaridad y pérdida fue demasiado para él. Fue como si, en ese preciso momento, su padre estuviera allí, abrazándolo, salvándolo una vez más. Y entonces, Yousef comenzó a llorar, un llanto profundo, desgarrador,

Juguetes Entre Los Escombros

que parecía no tener fin. Lloró por su padre, por su abuela, por su madre, por los animales que tanto amaba, pero sobre todo por su familia. Lloró por su hogar destruido y por la vida que ya nunca volvería a ser la misma.

Ese llanto, que comenzó esa mañana, no cesó durante días. Los médicos intentaban consolarlo, pero nada podía aliviar el dolor que lo consumía. Estaba solo en el mundo. Esa misma tarde, fue llevado al Instituto Al-Amal para huérfanos en Gaza, su nuevo hogar. Allí, rodeado de otros niños que también habían perdido todo, Yousef encontró un lugar donde podría empezar de nuevo, aunque el vacío en su corazón seguía siendo inmenso.

A pesar de todo, Knafeh estaba a su lado. El perro, con su oreja mutilada y su patita coja, era lo único que quedaba de su antigua vida, el único recuerdo tangible de su familia. Juntos, en ese nuevo mundo lleno de incertidumbre, Yousef y Knafeh se aferraron el uno al otro. Aunque el dolor nunca desaparecería, ambos sabían que, mientras estuvieran juntos, habría una pequeña esperanza en medio de la oscuridad de un futuro incierto.

A pesar del tiempo que fue transcurriendo, Yousef nunca olvidó ese abrazo que le había dado el doctor en el hospital, había sido un “abrazo con guantes de látex”, tal como lo hubiera hecho su propio padre, Mohammad.



CAPÍTULO VI
YO QUIERO DARLES UN BESO

Christian Castro Silva

Las noches en Al Mawasi, a veces caían pesadas como un manto de tristeza, Al Mawasi es una ciudad beduina palestina en la costa sur de la Franja de Gaza. Hala, de apenas diez años, observaba con un corazón que apenas entendía el dolor, cómo la luz de la vela proyectaba sombras suaves sobre el rostro de sus hermanitas, Mona y Nadia, ellas eran mellizas y eran la adoración de Hala.

Ellas dormían tranquilas, ajenas al rugido lejano de las explosiones que sacudían la tierra y partían el cielo. El viento que venía del mar traía consigo el aroma a sal y pescado frito, pero también arrastraba los ecos del sufrimiento de su gente.

El padre de Hala era Ali, un pescador humilde, ya no podía salir a pescar como antes. Los disparos de advertencia desde las patrullas israelíes hacían imposible navegar más allá de la costa. Cada día era un riesgo, y había días en los que regresaba sin más que agua salada en las manos y la promesa rota de una cena. Pero nunca era culpa suya; Hala lo sabía, y lo amaba más por ello.

A veces cuando no había cena, su madre Aisha, con su voz suave y agrietada por el tiempo, les cantaba canciones antiguas que aprendió de niña, mientras las mellizas caían en un profundo sueño. La melodía se enredaba en el aire como un susurro, llenando la pequeña casa con un alivio momentáneo.

Hala nunca cerraba los ojos del todo cuando su madre cantaba. Se quedaba despierta, quieta, observando cómo el pecho de sus hermanas subía y bajaba al compás de una respiración tranquila. Para ella, verlas respirar en paz era el único refugio en un mundo desbordado por el caos.

Juguetes Entre Los Escombros

El hambre era una sombra persistente que rondaba la casa, pero Hala intentaba no pensar en ello. A veces se despertaba en mitad de la noche, impulsada por un miedo inexplicable, y corría al lado de Mona y Nadia. Las miraba por largos momentos, asegurándose de que seguían ahí, vivas, respirando suavemente, como si la calma de ese instante fuera lo único que necesitaba para calmar sus propios temores. Las amaba con una devoción que dolía, con un amor que parecía insuficiente en un mundo que amenazaba con arrebatárselo todo.

Cada amanecer traía consigo la promesa de otro día difícil, pero Hala se aferraba a la esperanza con la misma fuerza con la que apretaba la mano de sus hermanitas cuando los aviones sobrevolaban el cielo, dejando caer su carga de destrucción. Había momentos en que se preguntaba si algún día podrían volver a vivir sin miedo, cerca del mar y bañarse en sus aguas como antes, además se cuestionaba, si algún día su padre podría salir a pescar sin pensar que no regresaría, o si su madre volvería a cantar, no por necesidad, sino por pura alegría.

Pero hasta que ese día llegara, Hala cuidaría de sus hermanas, las protegería como si fueran el último tesoro en un mundo en ruinas, mientras las sombras de la guerra seguían creciendo a su alrededor, amenazando con devorar lo poco que les quedaba.

Una madrugada, cuando el cielo aún estaba oscuro, Hala se despertó al escuchar las suaves voces de sus padres discutiendo en la cocina. Su madre, Aisha, hablaba con preocupación, intentando no levantar la voz para no despertar a las niñas. Le suplicaba a su padre, Ali, que no saliera mar adentro, advirtiéndole de los disparos de advertencia que el ejército israelí hacía a los pescadores.

Christian Castro Silva

Pero Ali, con la mirada firme, le respondió—No había otra opción. Era la única manera de conseguir alimento para los próximos días—. Insistía en que los otros pescadores le habían contado sobre la abundancia de peces y que no podían perder esa oportunidad. Esta vez, Alá estaba con ellos, y no iba a desaprovecharlo.

Hala, desde la puerta de su cuarto, los observaba en silencio. Sintió el impulso de acompañar a su padre y, antes de que la duda la detuviera, le dijo que iría con él. Aisha, horrorizada ante la idea, se negó rotundamente. Sin embargo, Ali la tranquilizó, asegurando que Hala solo lo esperaría en la playa, segura y lejos del peligro. “Además, necesitaré ayuda para traer todos los peces que conseguiremos hoy”, le dijo con una sonrisa. Hala, emocionada, asintió y rápidamente se preparó.

Mientras Ali recogía sus redes y cubetas, Aisha, aún con reservas, pensó que tal vez no era una idea tan mala. Juntos, padre e hija caminaron hacia la playa, donde ya un grupo de cuatro pescadores se preparaba para salir en una pequeña y desgastada embarcación. Antes de partir, Ali se inclinó hacia Hala y le dijo con confianza: —Volveré con muchos peces. Espérame aquí, no tardaré. Hoy será especial, hija mía, Alá se ha apiadado de nosotros—. La abrazó y le recordó que, mientras él estuviera en el mar, ella quedaba a cargo.

Hala lo despidió desde la orilla, sonriendo mientras lo veía alejarse en la oscuridad. A medida que la embarcación desaparecía en el horizonte, la niña mantenía su mirada fija, con la esperanza y la ilusión llenando su pequeño corazón.

Juguetes Entre Los Escombros

El viento frío de la madrugada en Al Mawasi acariciaba el rostro de Hala mientras caminaba en la playa y buscaba un lugar donde recostarse, porque aún tenía sueño. Las estrellas se desvanecían lentamente en el cielo oscuro, y el murmullo de las olas parecía anunciar algo que ella no podía comprender.

A lo lejos, mientras la pequeña embarcación el grupo de cuatro pescadores que iba con su padre, preparaba sus redes y cubetas con mucha esperanza, bromeando entre ellos y sonriendo, dispuestos a desafiar el bloqueo israelí una vez más. Ali, su padre, la miraba desde la embarcación que se alejaba con una mezcla de esperanza y preocupación en los ojos, prometiéndole que esta vez el mar sería generoso.

Su padre grito desde la pequeña embarcación; —será un día especial, Hala. Hoy Alá se ha apiadado de nosotros, volveremos con tantos peces que no pasaremos hambre en semanas. Solo espérame aquí, hija. Yo te prometo que todo estará bien—, le dijo, sonriendo con esa serenidad que solo los padres pueden fingir ante el peligro.

Hala lo observó partir, su figura alejándose en la negrura del mar, mientras las olas lamían la orilla con una suavidad engañosa. Le había prometido que todo estaría bien, y Hala, con la confianza de una niña, le creyó. Sentada en la arena donde había encontrado un adecuado lugar para mirar a su padre, Hala esperó, abrazando sus rodillas, cuando de pronto cayó en un profundo sueño. En su mente, el hambre y el miedo se desvanecían, y todo se llenaba de colores y aromas. Soñaba con platos repletos de musakhan y pescado al horno recién sacado del mar, y una mesa donde Mona y

Christian Castro Silva

Nadia sus hermanas mellizas reían y se ensuciaban con aderezo, comiendo a su lado con la felicidad reflejada en sus pequeños rostros.

Pero el sueño se interrumpió abruptamente.

Un estruendo ensordecedor rompió la quietud de la madrugada. Hala abrió los ojos, desorientada, mientras el cielo se iluminaba con destellos que no eran del amanecer. El terror se apoderó de ella cuando vio las luces de la explosión en el horizonte, justo donde su padre había desaparecido minutos antes.

Se puso de pie, tambaleante, sus piernas frágiles resistiéndose a moverse. Quería correr hacia el mar, hacia su padre, pero algo la frenaba, como si su propio corazón supiera lo que sus pensamientos aún se negaban a aceptar.

Las horas pasaron en un silencio que lo consumía todo. Hala, agotada y asustada, permanecía en la orilla, su mirada fija en el punto donde la embarcación de su padre había desaparecido en el mar oscuro. Cuando el primer rayo de sol iluminó la playa, un pescador, que había salido con su padre, emergió del agua. Su rostro estaba pálido y ensangrentado, con sus manos que aun temblaban. Al verla, corrió hacia ella con lágrimas en los ojos.

—Perdóname, pequeña Hala... no pude hacer nada... Tu padre... no volverá... Lo siento...—, susurró, abrazándola con una desesperación que Hala no podía comprender del todo.

Juguetes Entre Los Escombros

Ella se quedó inmóvil, sin llorar, sin gritar, como si el mundo a su alrededor se hubiera detenido. Esperó. Siguió esperando. Mientras el sol ascendía en el cielo, la playa se llenaba de murmullos, de lamentos, de velas encendidas por los pescadores caídos.

Los funerales fueron breves pero desgarradores, con los cuerpos de los otros pescadores siendo despedidos por sus familias. Pero no había cuerpo para Ali. No había rastro de él.

Hala, aún aferrada a una esperanza insensata, caminaba cada día en las tardes hasta la orilla, buscando su rostro entre las olas. Se imaginaba que él reaparecería, con una sonrisa cansada, cargando cubetas llenas de peces y diciéndole que todo había sido un malentendido.

Sin embargo, los días pasaban y su padre no regresaba. Las semanas se convirtieron en meses, y con ellas, el dolor se convirtió en una ausencia constante, en una cicatriz invisible que se negaba a sanar.

La pequeña Hala, tan valiente y llena de sueños, se encontró rodeada de un vacío que ni las canciones de su madre podían llenar en los meses posteriores. Mona y Nadia seguían riendo y jugando, ajenas a la realidad, y Hala las cuidaba como siempre lo había hecho.

Pero cada vez que las miraba dormir, ya no encontraba consuelo, solo la tristeza abrumadora de saber que su padre no las vería crecer, que nunca volvería a llenar la casa con la promesa de un mañana mejor y de cubetas llenas de los frutos del mar.

Christian Castro Silva

El mar, que había sido su sustento, se había convertido en su enemigo. Y, sin embargo, Hala no podía dejar de mirarlo, esperando en silencio todas las tardes lo imposible.

Los meses transcurrieron y Hala, ahora huérfana de padre, encontró consuelo en el amor que sentía por sus hermanas mellizas, Mona y Nadia. Con la ausencia de Ali, el hambre se volvió una rutina inquebrantable en su hogar.

La comida escaseaba, pero nunca faltaba del todo; comían al menos una vez al día, gracias a los favores de los vecinos o a los sacrificios de su madre, Aisha, que se levantaba temprano para cantar en el mercado, con la esperanza de recibir alguna moneda o comida a cambio. Otras veces, era Hala quien vendía té en las calles, agotándose bajo el implacable sol. A pesar de las dificultades, el amor las mantenía unidas.

Hacia finales de 2023, los bombardeos se volvieron una constante. Muchos pescadores, como su padre, murieron intentando alimentar a sus familias, incluyendo aquel vecino pescador que se salvó la primera vez cuando murió Ali el padre de Hala.

Cada noche, los cánticos de Aisha eran ahogados por el estruendo de las bombas que caían sin tregua. Pero aquella noche, a pesar del terror que rugía a su alrededor, Hala durmió profundamente, agotada por el cansancio de su jornada vendiendo té. En sus sueños, su padre volvía a casa. Lo veía entrar por la puerta con cubetas repletas de peces. Ali despertaba a sus hermanas y a su madre, y las invitaba a la mesa, pidiéndoles perdón por la tardanza, explicándoles que

Juguetes Entre Los Escombros

había viajado muy lejos para traer los manjares más exquisitos, con la promesa de que, por fin, estarían juntos y felices. Todos al menos en el sueño comían unidos.

De pronto, una explosión cercana sacudió el aire, arrancándola de su sueño y haciendo que el techo de la casa crujiera. Hala se sentó en su cama, alarmada, y miró hacia la otra cama, donde sus hermanas y su madre seguían dormidas. Durante un instante, el rugido de las bombas se desvaneció de su mente, y se concentró en el ritmo suave y pausado de la respiración de sus hermanas, en el rostro dulce y desgastado de su madre, que, a pesar de todo, había logrado mantenerlas juntas y a salvo.

Ese momento de paz fue interrumpido abruptamente cuando una ráfaga de fuego entró por la puerta y las ventanas, iluminando la habitación con un resplandor mortal. Hala cerró los ojos y, por un segundo, todo fue silencio.

Cuando los abrió de nuevo, estaba en un hospital. El dolor en su cuerpo era real, pero más que eso, era el vacío lo que la abrumaba. Un médico, con voz cálida y compasiva, le dijo que era muy fuerte, que a pesar de todo solo tenía quemaduras leves y que pronto estaría bien. Pero Hala no le escuchaba; con una voz débil y entrecortada, preguntó por sus hermanas, Mona y Nadia, y por su madre.

Una joven doctora se armó de valor, con los ojos llenos de lágrimas, le dijo que ellas no lo habían logrado. Si deseaba verlas, estaban en la habitación contigua.

Christian Castro Silva

La llevaron en una silla de ruedas hasta ese cuarto. Al entrar, vio a su madre y a sus hermanas, tendidas en una mesa. Estaban en la misma posición en que las había visto por última vez, como si aún estuvieran dormidas.

Detrás de ella, otras personas se agolpaban: médicos, heridos, curiosos, todos en silencio, observando con respeto y dolor. Algo en el interior de Hala se rompió de manera irreversible. Con voz temblorosa, preguntó a la doctora si ellas ya estaban con Alá. La doctora, con una ternura desgarradora, le respondió que sí, que eran mártires y que ahora estaban con Alá.

Hala se acercó a ellas. Las miró durante un largo rato, como solía hacerlo en las noches en casa. En su mente, por un momento, le pareció ver el leve movimiento de sus pechos, como si aún respiraran. Pero no. Estaban en paz. Mientras los demás en la habitación lloraban, Hala no derramaba lágrimas.

No tenía fuerzas. Miró a la doctora y, con una voz casi infantil, preguntó: —¿Puedo darles un beso?—. Con dificultad, se levantó de la silla de ruedas y besó a sus hermanitas en la frente, luego hizo lo mismo con su madre. Nadie dijo nada. El silencio fue absoluto, solo roto por el murmullo contenido y lágrimas de aquellos que observaban la escena.

Horas después, tuvieron que ser enterradas. Desde ese día, tras el funeral, Hala fue llevada a un albergue, un lugar extraño y ajeno. Pero, cada tarde, se escapaba. Iba a la playa, a la misma orilla donde alguna vez despidió a su padre. Allí, se quedaba hasta quedarse dormida. En sus sueños, su padre emergía del mar, de la mano de su madre y sus hermanas. Ella corría hacia ellos, y juntos se

Juguetes Entre Los Escombros

sentaban a una mesa repleta de manjares, como los que Ali siempre prometió traer.

Ese sueño recurrente era lo único que la mantenía viva. Sabía que, por unos minutos cada día, podía estar con su familia. Durante ese breve instante, Hala era feliz, aunque al despertar solo le quedara la devastadora realidad de la soledad. Un día durmió mucho en la playa y soñó y soñó, no queriendo despertar, Alá cumplió su deseo una tarde en la playa, no despertó más después del atardecer y se quedó con su familia degustando manjares eternamente.



Christian Castro Silva

CAPÍTULO VII
¿DÓNDE ESTÁ MAMÁ?

Reem se despierta cada mañana sintiendo, como siempre, el aroma dulce que emanaba del cabello de su madre, Naysira. Era un olor familiar, a sandía fresca, que llenaba el pequeño espacio donde ambas dormían, abrazadas, como si el mundo externo de guerra y dolor no pudiera alcanzarlas. A sus once años, Reem había aprendido a encontrar consuelo en los detalles más simples: el sonido suave de la respiración de su madre, el tacto cálido de sus manos mientras preparaba con frutas y cera los productos de limpieza que vendía para sobrevivir. Pero, sobre todo, lo que más la tranquilizaba era ese aroma a sandía que le recordaba que, aunque a veces del cielo caía la muerte en forma de fuego, su madre seguía siendo la misma: fuerte, hermosa, con un cabello negro y largo que Reem admiraba como un símbolo de resistencia.

Cada mañana, mientras su madre lavaba ese largo cabello con agua hecha de cáscaras de sandía, Reem la observaba en silencio, deseando que algún día su propio cabello pudiera ser igual de fuerte, igual de brillante, igual de libre. El negro del cabello de Naysira le hacía pensar en la bandera de Palestina, en la parte más oscura del cielo antes del amanecer. Y el aroma... el aroma del rojo y verde de la sandía era como un recordatorio del hogar, de todo lo que amaban y que ya a sus cortos once años, ya le habían arrebatado.

La casa en la que vivían estaba casi en ruinas, marcada por las cicatrices del genocidio israelí. Era el mismo lugar donde, un año atrás, habían perdido a su padre y a su hermano menor durante un bombardeo. Pero mamá Naysira, con su fuerza incansable, se negó a abandonarla. Naysira decía a veces antes de dormir a su hija Reem, —este es nuestro hogar, polvoriento y

Juguetes Entre Los Escombros

destruido, pero es nuestra tierra, nuestro suelo, nuestra nación— Reem siempre recibía la misma respuesta, cuando preguntaba por qué no se iban. Pero siempre Naysira complementaba; —Aquí es donde estamos más cerca de ellos, de tu padre y de tu hermano que ahora están con Alá. —Además, recuerda Reem, las bombas no caen dos veces en el mismo lugar.

Reem no lo comprendía del todo, pero sabía que mientras su madre estuviera con ella, podría seguir adelante. Ibrahim, su joven tío de 21 años, también vivía con ellas. Aunque él intentaba ser fuerte por su hermana y su sobrina, a veces, en las noches silenciosas, Reem lo escuchaba llorar cuando pensaba que nadie podía oírlo.

Esa noche, Reem se despertó de un sueño inquieto. Afuera, el viento arrastraba el eco de una ciudad herida, pero dentro de la casa sólo reinaba el silencio. Era un silencio espeso, pesado, el tipo de silencio que aparece cuando las lágrimas están por derramarse. Reem, con los ojos aún entornados por el sueño, notó una figura en la oscuridad, encorvada, temblando. Era su tío Ibrahim, sentado en un rincón, con las manos cubriendo su rostro, ahogado por el llanto.

Reem, aún medio dormida, se incorporó en su cama y lo miró con el corazón encogido. Nunca había visto a un hombre llorar, nunca había visto a su tío Ibrahim llorar de esa manera. Se acercó despacio, sus pequeños pies descalzos no hicieron ruido en el suelo frío, y se arrodilló a su lado.

—Tío... ¿por qué lloras?, — preguntó suavemente, su voz apenas un susurro en la oscuridad.

Christian Castro Silva

Ibrahim tardó en responder. Sus hombros temblaban y su rostro permanecía oculto entre sus manos, como si temiera que, al descubrirlo, el dolor se hiciera más real. Finalmente, habló, su voz rota, casi irreconocible.

—Lloro, Reem, por todo lo que hemos perdido. Por la familia que se fue al lado de Alá sin despedirse... por los cuerpos que nunca pudimos enterrar, que desaparecieron bajo las bombas, sin dejar rastro. Lloro porque hemos perdido a setenta de nuestros familiares en estos últimos años, setenta, Reem... y sólo quedamos nosotros tres. Tú, tu madre y yo. Y a veces me pregunto cuánto tiempo más nos quedará a nosotros en este mundo...

Reem lo escuchaba en silencio, sus pequeños ojos grandes y llenos de tristeza. Ibrahim respiró hondo, intentando contener las lágrimas, pero no pudo evitar que su voz se quebrara cuando dijo lo que más lo atormentaba.

—No sé qué haría si te perdiera a ti o a mi hermana Naysira, Reem. No sé cómo podría seguir. Un hombre no debería llorar, pero a veces, es demasiado. El dolor... la pérdida... el miedo de que un día, ninguno de nosotros quede para ser recordado, ni siquiera para tener un cuerpo que enterrar.

Reem aun con su edad, sintió que su pecho se oprimía, pero antes de que pudiera decir algo, escuchó la voz serena de su madre Naysira desde el otro lado de la habitación. Había estado escuchando en silencio, como siempre lo hacía, y ahora se acercaba a ellos con pasos suaves, su largo cabello negro flotando como una sombra en la penumbra.

Juguetes Entre Los Escombros

—Ibrahim, —dijo con esa calma que sólo Naysira podía tener, —estaremos aquí el tiempo que Alá lo decida. Si vivimos con justicia y sin hacer daño a nadie, Alá sabrá que somos justos. Y, cuando llegue el momento, estaremos bien, vivos o en el más allá con Él. No temas, hermano. Somos gente justa, y Alá no abandona a los justos.

Al escuchar esas palabras, Ibrahim no pudo más. Su llanto se hizo más fuerte, y Naysira lo abrazó, sosteniéndolo con la misma ternura con la que tantas veces había sostenido a Reem. Él, el hombre que siempre había intentado ser el pilar de la familia, ahora se desmoronaba en los brazos de su hermana.

Reem, que lo había visto todo en silencio, sintió que algo se encendía dentro de ella. En su mente de niña, una certeza sencilla pero poderosa surgió. Se acercó más y, con una voz pequeña pero decidida, dijo:

—Mientras estemos juntos, nada malo nos pasará. Además, las bombas no caen dos veces en el mismo lugar...

En ese instante, las lágrimas de Ibrahim cesaron y dio una pequeña sonrisa de escuchar el positivismo de su sobrina. Naysira miró a Reem con una mezcla de amor y orgullo, al parecer Reem había aprendido algo de todo lo que su madre le había enseñado.

Sin decir una palabra más, los tres se abrazaron bajo la luz tenue que entraba por la ventana rota. El dolor seguía ahí, el miedo seguía latente, pero en ese momento, en medio de la noche, se tenían los unos a los otros y eran fuertes. Mientras estuvieran juntos, pensó Reem, todo

Christian Castro Silva

estaría bien. Las bombas y la guerra se escuchaban a lo lejos y algunos destellos alumbraban el cielo nocturno del barrio de Shejaiya.

Pasaron varios días desde aquella noche en la que el miedo los unió en un abrazo bajo las sombras de su casa en ruinas. Reem, con su inocencia intacta, encontraba consuelo en las palabras de su madre, como si cada frase que Naysira pronunciaba fuera una promesa de que, a pesar de todo, seguirían adelante. Pero en la realidad, la guerra no ofrecía promesas, y cada día se enfrentaban a la incertidumbre de si verían un nuevo amanecer.

Una mañana, Reem e Ibrahim salieron como de costumbre a vender los productos de limpieza que su madre había preparado con esmero. Se dirigieron hacia la avenida Al-Reyadh, cerca de la gran mezquita, donde la gente pasaba apurada, ocupada en sus propias luchas diarias. Reem caminaba de la mano de su tío, su pequeña voz ofreciendo los productos con esa dulzura que a veces lograba atraer la atención de los transeúntes. Todo parecía normal, o al menos lo que se consideraba normal en su vida bajo la constante amenaza de los bombardeos.

Pero esa tarde, algo cambió. El cielo, que hasta ese momento había estado despejado, comenzó a vibrar con un sonido pesado, amenazante. Los aviones aparecieron en el horizonte, y el terror se apoderó de las calles. La gente empezó a correr en todas direcciones, buscando desesperadamente un refugio. El caos envolvió la avenida, gritos de advertencia resonaban entre las paredes de los edificios, y el sonido ensordecedor de los aviones de combate anunciaba lo peor.

Juguetes Entre Los Escombros

Ibrahim, con el instinto protector de un hermano mayor y de un tío que adoraba a su sobrina, reaccionó al instante. Cubrió a Reem con su cuerpo y la arrastró hacia el primer lugar que pudo encontrar. Pero no había tiempo, no había espacio. Las bombas empezaron a caer, su estruendo ahogaba cualquier otro sonido. El mundo alrededor de ellos se sacudía y el olor a polvo y a destrucción llenaba el aire.

Reem, acurrucada bajo la protección de Ibrahim, comenzó a repetir las palabras que su madre siempre le había dicho: —Las bombas nunca caen dos veces en el mismo sitio—. Al principio lo susurraba, su voz temblando con cada palabra, como si fuera una oración que intentaba creer. —Las bombas nunca caen dos veces en el mismo sitio—, repetía una y otra vez, su voz cada vez más firme, más insistente, como si cada repetición fuera un escudo contra el horror que los rodeaba.

Ibrahim, al escucharla, comenzó a hacer lo mismo. Su voz, quebrada por el miedo y la desesperación, se unió a la de Reem. Ambos, tío y sobrina, escondidos en un rincón que ya había sido bombardeado antes, repitieron como en un rezo desesperado: —Las bombas nunca caen dos veces en el mismo sitio—. Lo dijeron una y otra vez, aferrándose a esas palabras como si en ellas estuviera la promesa de sobrevivir.

Durante media hora, el tiempo se detuvo. El sonido de las explosiones continuaba a su alrededor, pero los dos permanecían inmóviles, escondidos y temblorosos, rezando con la fuerza que solo el miedo puede dar. Finalmente, el estruendo cesó. El silencio que quedó en su lugar era tan profundo que parecía imposible de llenar. A lo lejos escuchaban ruido y gritos, de las personas

Christian Castro Silva

bajos los escombros y también llanto de algunas otras personas que estaban heridas.

Ibrahim, con el rostro cubierto de sudor y polvo, miró a su sobrina a los ojos. La desesperación brillaba en sus pupilas. —Naysira, — murmuró, su voz apenas audible. —¿Dónde está Naysira?"

Sin pensarlo dos veces, ambos se pusieron de pie, arrojando al suelo los productos que llevaban. Corrieron por las calles destrozadas, esquivando los escombros, los gritos y las sirenas. Su barrio, y cerca de su hogar, las bombas se habían alzado con su olor a pólvora y catástrofe. La destrucción era abrumadora. Humo y polvo lo cubrían todo, y las personas se arremolinaban tratando de rescatar a los vecinos atrapados bajo los escombros.

Ibrahim y Reem, con el corazón latiendo desbocado, corrieron hacia su casa. Su desesperación aumentaba a cada paso. No sabían si encontrarían a Naysira viva o si el destino, una vez más, les arrebataría a alguien que amaban. El miedo los consumía, y las lágrimas brotaban de los ojos de Reem mientras buscaba a su madre entre la destrucción.

La casa de Reem no había sido completamente destruida, pero una parte de ella había colapsado por el temblor de las bombas. Los escombros cubrían el lugar donde Naysira solía trabajar, preparando los productos con tanto cuidado. En medio del caos, una voz débil se alzó entre las ruinas. Era una voz que Reem conocía mejor que cualquier otra.

—Naysira..., — gritó Ibrahim, y ambos corrieron hacia el lugar de donde provenía.

Juguetes Entre Los Escombros

Allí, bajo una pila de polvo y piedras, estaba Naysira. Su rostro estaba cubierto de tierra, su cuerpo magullado con algunos raspones por el colapso, pero estaba viva.

Cuando Reem y Ibrahim llegaron a su lado, Naysira los miró con los ojos llenos de amor y, aunque su voz era suave y débil, pronunció las palabras que los habían mantenido a salvo.

—Tranquila, Reem. Tranquilo, Ibrahim. Las bombas nunca caen dos veces en el mismo sitio—.

En ese momento, la desesperación que había envuelto a Reem y a Ibrahim desapareció. Era como si el fuego del miedo hubiera sido apagado por una lluvia suave, calmando sus almas atribuladas. Los tres se abrazaron, rodeados de la destrucción, pero juntos. Una vez más, el destino los había dejado vivos, y en ese abrazo compartido encontraron una paz efímera, una tregua en medio de un mundo que parecía no tener fin en su sufrimiento. Estaban juntos, y mientras eso fuera así, nada malo podía ocurrir. Al menos por ahora.

Los días siguientes al bombardeo fueron extrañamente tranquilos, como si el cielo les diera una tregua, un respiro en medio de tanta destrucción. Naysira, aunque había sufrido algunos golpes y rasguños, estaba viva, y eso era todo lo que importaba para Reem e Ibrahim. Ella guardó reposo en la casa parcialmente destruida, mientras Reem la cuidaba con una dedicación que ninguna niña de once años debería conocer. Se encargaba de limpiar las heridas de su madre, preparaba lo poco que tenían para comer y, por las noches, se sentaba a su lado, mirando cómo su madre respiraba en su descanso.

Reem había madurado en esos días de una manera abrumadora. Lo sabía en su corazón. Sentía el peso de la responsabilidad, la necesidad de ser fuerte. En las noches, cuando su madre dormía profundamente, Reem se acercaba sigilosamente a su lado y, como un ritual secreto, olía el cabello de Naysira. A pesar del polvo y la tierra que cubrían su cuerpo, el cabello de su madre conservaba ese aroma inconfundible a sandía, un aroma que la transportaba a un mundo de paz y seguridad. Era como si en ese olor, en esas hebras negras y suaves, se escondiera una promesa de que todo iba a estar bien, de que no importaba lo que sucediera, siempre estarían juntas.

Una tarde, mientras Ibrahim salía a vender los productos, Naysira, ya algo más recuperada, decidió hablar con Reem. La llamó a su lado y, con la suavidad de quien conoce las heridas del alma, le acarició el cabello. Reem se sentó junto a ella, mirando el rostro de su madre, marcado por el cansancio, pero también por una serenidad que solo la vida en medio del caos podía otorgar.

—Reem —comenzó Naysira con voz suave, pero firme—, sé que has sido muy valiente, y te he visto cuidar de mí y de Ibrahim como si fueras una adulta. Pero quiero que hables conmigo, quiero que sepas lo que significa ser fuerte, porque este genocidio, esta vida que llevamos, no es fácil. Y puede que algún día... puede que algún día ya no esté aquí para decírtelo.

Reem sintió un nudo formarse en su garganta. Nunca había escuchado a su madre hablar de esa manera, pero sabía que era algo que debía escuchar. Los ojos de

Juguetes Entre Los Escombros

Naysira brillaban con una mezcla de tristeza y amor mientras continuaba.

—Escucha bien, hija. La vida aquí nos ha enseñado que todo puede cambiar en un instante. Hoy estamos juntos, pero mañana... no sabemos. Pero tú, Reem, tienes algo que muchos no tienen: la capacidad de ser fuerte, no solo para ti, sino para los demás. Has visto más dolor en tus once años que muchos adultos, y aun así te mantienes de pie. Eso, hija mía, es ser valiente. No es no tener miedo, porque todos lo tenemos. Es seguir adelante a pesar de él, es seguir respirando, aunque el aire esté lleno de polvo y de bombas.

Reem bajó la mirada, sintiendo el peso de esas palabras. Su madre le hablaba con una sinceridad cruda, pero no había miedo en su voz, solo verdad.

—Quiero que recuerdes siempre esto, Reem —continuó Naysira—: Si algún día me falta, o si te falta Ibrahim, o cualquiera que ames, no te detengas. No dejes que el miedo te venza. Eres más fuerte de lo que crees, y dentro de ti hay una resistencia que nada ni nadie puede quitarte. No importa lo que pase, prométeme que seguirás adelante.

Reem levantó la mirada, sus ojos brillantes de emoción contenida. Asintió lentamente, sintiendo que esas palabras se clavaban en su corazón como un juramento sagrado.

—Lo prometo, mamá —dijo con un hilo de voz, pero con una determinación que no había sentido antes.

Christian Castro Silva

Naysira sonrió y la abrazó con fuerza, como si en ese momento quisiera transmitirle toda la fortaleza que había acumulado a lo largo de su vida.

—Eres más fuerte que tu tío Ibrahim, ¿sabes? —le dijo con una sonrisa cariñosa—. No lo culpes por ser más frágil. A veces, el peso de lo que hemos vivido se hace demasiado, incluso para los más fuertes. Además, nunca olvides "Las bombas nunca caen dos veces en el mismo sitio".

Reem no respondió, pero lo comprendió. Su madre siempre había sido su pilar, pero ahora veía que incluso los más fuertes podían necesitar consuelo, apoyo. Quizá en esos momentos, ella también debía ser el pilar.

Los días pasaron lentamente, pero Reem sentía que algo dentro de ella había cambiado para siempre. Ya no era la niña que se escondía bajo los brazos protectores de su madre y de su tío. Ahora era consciente de que, algún día, ella sería quien tendría que proteger a los demás. Era una verdad dura, pero también liberadora.

Mientras Naysira se recuperaba completamente, Reem siguió cuidando de ella, pero ya no con el miedo que había sentido al principio. Ahora lo hacía con la certeza de que, aunque el futuro fuera incierto, su amor y su fortaleza las mantendrían unidas, al menos por el tiempo que Alá permitiera.

Y aunque el mundo a su alrededor seguía destrozándose con cada nuevo bombardeo, aunque las calles del barrio de Shejaiya seguían cubiertas de polvo y muerte, en los pequeños momentos de calma, cuando Reem olía el cabello de su madre, podía imaginar un mundo donde el dolor no existía, donde las bombas no caían y donde la

Juguetes Entre Los Escombros

vida, por fin, era tan dulce y tranquila como antes, como el olor a sandía.

Así pasaron los días. Una mañana, Reem sintió una enorme pereza de levantarse de la cama. Dormía y dormía, como si no lo hubiera hecho en mucho tiempo. Entre sueños, escuchaba la voz suave de su madre, Naysira, que le decía:

—Mi niña, ¿me vas a acompañar a comprar los insumos para preparar los productos de hoy? Creo que estás muy cansada —Naysira sonrió—. Mejor te dejo dormir. Volveré pronto. Tu tío Ibrahim ya salió a vender los productos. Tú descansa, mi niña. Yo estaré de vuelta pronto. Duerme y cuando despiertes, estaré aquí.

Reem siguió durmiendo, envuelta en la calidez de sus sueños. En ellos, veía a su padre y a su pequeño hermano, que habían muerto tiempo atrás.

Aunque sabía que no era real, el sueño le traía una paz profunda. Aún en ese estado alucinado, las palabras de su madre, despidiéndose antes de salir, resonaban en su mente. El olor a sandía que desprendía el cabello de Naysira llenaba el aire, haciendo que el sueño fuera aún más dulce, más reconfortante.

De pronto unos minutos después que su madre salió, unos estruendos sacudieron el silencio y la sacaron bruscamente de ese hermoso sueño. Había comenzado otro bombardeo en el barrio de Shejaiya. Reem saltó de la cama, asustada, y corrió a esconderse bajo la mesa de la sala. Aterrada, comenzó a repetir una frase que su madre siempre decía, como si fuera una oración:

Christian Castro Silva

—Las bombas nunca caen dos veces en el mismo sitio...

Pasaron cuarenta y cinco minutos hasta que los bombardeos cesaron. Al escuchar el silencio, Reem salió de su escondite, temblando. No pudo alejarse mucho; se quedó en la puerta de su derruida casa, esperando. A lo lejos, vio a su tío Ibrahim caminando hacia ella, cubierto de polvo y tierra. Se abrazaron con fuerza, como si ese gesto pudiera aliviar el terror que acababan de vivir.

—Ibrahim —preguntó a Reem con voz temblorosa—, ¿dónde está mamá?

—Solo salió a comprar algunos insumos... dijo que volvería pronto. —Respondió Reem con mucha seguridad

Ambos se quedaron a esperarla, con la fe intacta y tratando de mantener la calma. Pero la noche llegó, y Naysira no regresaba. La desesperación comenzó a invadir la casa. La preocupación en los ojos de Ibrahim reflejaba lo que Reem temía, aunque ninguno lo decía en voz alta.

Cuando la oscuridad de la noche se hizo completa, decidieron salir a buscarla. Recorrieron los hospitales y la morgue, preguntando por ella, pero no había rastro de Naysira. Reem recordaba claramente cómo su madre le prometió que volvería rápido, y esa promesa se repetía en su mente, haciéndola aferrarse a la esperanza. Sin embargo, mientras más tiempo pasaba, más se apoderaba de ella el miedo.

—Quizás... quizás se escondió en algún lugar —dijo Ibrahim, tratando de calmarla—. Esperemos que vuelva mañana temprano. Tal vez, con la oscuridad, no pudo regresar.

Juguetes Entre Los Escombros

Reem asintió. Sabía que era una posibilidad, aunque una parte de ella ya temía lo peor. Esa noche, a pesar de la angustia, ambos intentaron dormir. Ibrahim, agotado, se quedó dormido rápidamente. Reem, en cambio, permaneció despierta más tiempo, envuelta en el aroma a sandía que llenaba el cuarto, el mismo que impregnaba la cama donde solía dormir junto a su madre. Ese olor era lo único que le daba consuelo.

Finalmente, Reem cerró los ojos, esperando que el amanecer le trajera la imagen de su madre cruzando la puerta, tal como lo había prometido.

La mañana siguiente llegó con la luz gris y apagada que precede a los días tras un bombardeo. Reem se despertó antes que Ibrahim, envuelta todavía en el olor a sandía que impregnaba las sábanas de su madre. Por un momento, al abrir los ojos, pensó que todo había sido un mal sueño, que en cualquier momento vería a Naysira entrar por la puerta con su sonrisa cálida y su voz tranquilizadora. Pero la cama vacía a su lado le recordó la realidad.

Ibrahim seguía dormido, exhausto por la búsqueda de la noche anterior. Reem se levantó en silencio, con el corazón latiendo rápido. Se acercó a la puerta, esperando verla llegar, tal como había hecho tantas veces después de ir al mercado. Pero no había señales de su madre. Las calles seguían llenas de escombros y humo, como un paisaje roto que nunca terminaba de sanar.

Decidió no despertar a Ibrahim de inmediato. Quizá, pensaba, su madre estaría refugiada en alguna casa cercana, como él había dicho. Quizá volvería cuando el peligro hubiera pasado por completo. Reem trataba de

Christian Castro Silva

aferrarse a esa esperanza, pero había algo en el silencio de la mañana que le pesaba en el pecho, como si el aire estuviera más denso y pesado de lo normal.

Pasaron las horas y, con cada minuto, la angustia crecía en Reem. La imagen de su madre, prometiendo que volvería pronto, se repetía en su mente como un eco doloroso. Los minutos se transformaron en horas y la luz del día comenzó a desvanecerse. Ibrahim se despertó y, al ver el rostro preocupado de su sobrina, entendió que Naysira no había regresado.

—Vamos a buscarla otra vez —dijo Ibrahim, aunque su voz ya no sonaba tan firme como la noche anterior.

Esta vez recorrieron las calles más alejadas, preguntando a los pocos vecinos que quedaban si la habían visto. Pasaron por el mercado, por los lugares donde sabían que Naysira solía comprar los insumos para sus productos. Nadie tenía respuestas. El miedo se aferraba cada vez más a Reem, pero trataba de ser fuerte, como su madre le había enseñado. Una parte de ella quería creer que su madre se encontraba en algún lugar, esperándolos, escondida, a salvo. Pero la otra parte, la que había visto ya demasiada muerte y destrucción, no podía dejar de pensar en la posibilidad de que su madre no regresara jamás.

Cuando el día se apagaba de nuevo y el cielo empezaba a teñirse de rojo, llegaron al último lugar que podían pensar otra vez, la morgue. Reem caminaba al lado de su tío, sintiendo cada paso como una herida abierta. El olor a desinfectante y muerte en la morgue le revolvía el estómago. Ibrahim preguntó a uno de los trabajadores si habían encontrado a alguien que coincidiera con la

Juguetes Entre Los Escombros

descripción de Naysira, pero la respuesta fue la misma que en todos los demás lugares. Nadie sabía nada. Nadie la había visto.

—Quizá... quizás solo está escondida —dijo Ibrahim, aunque su voz ya no sonaba convincente.

Reem asintió, sin fuerzas para responder. El cansancio y la tristeza la envolvían como una manta pesada, pero en su corazón todavía se aferraba a la promesa que Naysira le había hecho, esa promesa de que volvería pronto.

Esa noche, cuando regresaron a casa, Reem se derrumbó en la cama donde solía dormir con su madre. El olor a sandía todavía estaba allí, pero esta vez no le trajo paz. En lugar de consuelo, el aroma se le hizo insoportablemente doloroso, como si cada inhalación le recordara la ausencia de su madre. Ibrahim intentó mantenerse fuerte por su sobrina, pero Reem podía ver en sus ojos que el miedo también lo estaba consumiendo.

El tiempo se volvió difuso para Reem. Las horas se alargaban, y parecían interminables. Las búsquedas continuaban, pero cada día que pasaba sin noticias de su madre hacía que la esperanza se fuera desvaneciendo.

Las palabras que Naysira siempre repetía —"Las bombas nunca caen dos veces en el mismo sitio"— ya no tenían el mismo efecto tranquilizador. Ahora, cada vez que las recordaba, se sentía más y más vacía y rompía en un llanto silencioso.

A la mañana siguiente, Reem salió a comprar algo de comer, enviada por su tío Ibrahim. Caminó hacia el mercado, aunque esta vez se dirigió a una zona poco común para ella, ya que había sido bombardeada recientemente. Muchas personas se habían desplazado

Christian Castro Silva

de sus puestos habituales, y Reem avanzaba por las calles con miedo, mirando a su alrededor.

De pronto, sus ojos se detuvieron en lo que quedaba de una casa donde vendían flores, completamente destruida. Los grandes muros estaban en ruinas, y entre los escombros, algo llamó su atención: un gran mechón de cabello largo, negro azabache, que se asomaba bajo un bloque de concreto.

Reem se acercó lentamente, con el corazón en la garganta. El aroma familiar a sandía inundó sus sentidos. Era su madre. Su cuerpo tembló, y sin poder contenerse, rompió en llanto. Las personas que estaban cerca intentaron calmarla, pero ella, entre gritos desgarradores, repetía:

—Es mi madre, es mi madre... ¡es ella, lo sé! ¿Por qué no la sacaron? ¡Es mi madre!

Un vecino del mercado, que vendía pescado, se acercó con delicadeza e intentó tranquilizarla:

—No, niña, no es tu madre... no lo es... Es otra persona... Pero Reem seguía gritando, desesperada:

—¡Es ella! ¡Lo juro, es ella! ¡Es su cabello, huele a sandía... es mi madre!

El pescadero la sentó en una silla, pero los gritos no cesaban. Reem, desconsolada y temblando, murmuraba entre sollozos:

—¿Por qué me has dejado, mamá? ¡Alá, ¿por qué te la has llevado?! No puedo vivir sin ti, mamá... ¡No puedo!

Juguetes Entre Los Escombros

Entre los gritos de angustia de Reem, llegó su tío Ibrahim. Al enterarse de la noticia en el camino, cayó de rodillas, abatido junto a Reem, ella al verlo, se quedó con la mirada perdida, como si su mente se negara a aceptar la realidad. Solo repetía con desesperación:

—¡Déjenme verla! ¿Por qué, Alá? Los israelíes han matado a mi madre, a mi padre, a mi hermano... ¡Ya no tengo a nadie!

Reem vociferaba mientras su tío, llorando, la abrazaba con fuerza. Sus gritos crecían en intensidad:

—¿Por qué, Alá? ¿Por qué se han ido las mejores personas? ¡Desearía haber muerto yo también!

Ibrahim, con la voz rota por el dolor, intentaba consolarla:

—Son mártires, Reem. Tu madre ahora es una mártir.

—¡No! —gritaba Reem, con el rostro empapado en lágrimas—. ¡No quiero mártires! ¡Quiero a mi familia aquí, conmigo, no al lado de Alá! Han matado a mis abuelos, a mi padre, a mi hermano, a mis tías y a sus hijos. ¡Yo quiero una familia, no quiero mártires!

Ibrahim, con la mirada baja y el dolor en su voz, seguía repitiendo:

—Son mártires...

—¡Lo sé! —respondió Reem, con la voz desgarrada—. Pero no puedo soportarlo más... Solo quedamos tú y yo, tío Ibrahim. Solo nosotros... Alá, ten piedad de nosotros. ¿Qué hemos hecho para merecer esto?

Christian Castro Silva

Reem se aferró a su tío mientras su llanto inundaba el aire, repitiendo una y otra vez:

—Madre... madre...

El aroma a sandía, que tanto la había confortado, se convirtió en un recuerdo insoportable. Cada vez que lo sentía en la ropa, en las sábanas, en cualquier rincón de la casa, Reem rompía a llorar en silencio, tratando de no despertar a su tío, quien también lidiaba con su propio dolor.

Los días se hicieron más largos y grises. La vida en Palestina continuaba, marcada por la violencia y el caos. Reem, ahora, sabía que debía ser fuerte, no solo por ella misma, sino también por su tío. Las palabras de su madre resonaban en su mente constantemente: "Eres fuerte, Reem, más de lo que crees".

Pero, aunque quisiera creerlo, una parte de ella se sentía rota, como si una parte de su alma hubiera sido enterrada bajo los escombros junto a Naysira. Ya no olía el cabello de su madre para encontrar consuelo.

El aroma, que antes la transportaba a un lugar seguro, se había convertido en una herida abierta. Ahora, lo único que quedaba era el recuerdo de su madre, la promesa rota de que volvería pronto, y la dolorosa realidad de que las bombas, a veces, sí caen dos veces en el mismo sitio.

Y en medio de ese dolor, Reem se dio cuenta de que, aunque su madre ya no estaba, debía seguir adelante. Por ella. Por Ibrahim. Y por el futuro que su madre siempre quiso que tuviera, aunque ese futuro estuviera lleno de incertidumbre y cicatrices.

Juguetes Entre Los Escombros

Reem e Ibrahim enterraron lo poco que quedaba de Naysira en el cementerio de Marwanid, que quedaba cerca de su casa. En la tumba, colocaron algunas de sus pertenencias: un poco de su ropa, lo poco que quedaba de su hermoso cabello negro, su bolso y los productos de limpieza que ella solía hacer. Sobre la lápida grabaron el nombre de su madre y, debajo, tallaron una sandía. Cada vez que Reem visitaba la tumba, el simple recuerdo hacía que el inconfundible aroma a sandía del cabello de su madre volviera a su memoria, llenándola de nostalgia y dolor.

A los días Reem y su tío Ibrahim siguieron con su vida, aunque llenos de luto, siguieron preparando productos de limpieza y salían a venderlos en el mercado del barrio de Shejaiya.



CAPÍTULO VIII
PUEDEN CORRER, PERO NO
ESCAPARSE...

Christian Castro Silva

A las afueras del barrio de Rafah, un francotirador israelí conversa con su observador, ambos están en lo alto de una colina colindante al barrio, han captado a unas personas en una azotea y se disponen a disparar.

Francotirador: (Ajustando el visor) Estoy en posición. ¿Puedes confirmar la distancia al objetivo?

Observador: (Mirando por los binoculares) Aproximadamente trescientos cincuenta metros. Está solo, y hay dos personas cerca. Parece un niño, pero no podemos fiarnos, igual es un blanco. Si le aciertas, recuerda lo que nos han dicho. Por cada seis nos dan una medalla a cada uno, este sería el número cuatro.

Francotirador: (Respira hondo) Lo sé, el objetivo es claro. Igual, no podemos permitir que este se nos escape.

Observador: (Frunce el ceño) Estás seguro de que es el momento entonces. No hay más opciones, es el momento de disparar. Piensa en las medallas, no en la historia de vida del blanco al que le vas a disparar.

Francotirador: (Con firmeza) La misión es la misión. No tengo tiempo para dudar. Si lo dejamos ir, podría ser una amenaza más tarde, entonces recuerda lo de las medallas y preparémonos.

Observador: (Mirando a su alrededor) Es un blanco desarmado, creo que es un niño. Igual no quiero que esto se convierta en un problema moral. Prefiero pensar en lo que dirá la prensa de nuestra nación, seremos unos héroes, nadie tiene que saber nada más.

Juguetes Entre Los Escombros

Francotirador: (Mirando por la mira) A veces hay que hacer lo que es necesario, aunque no se entienda. ¿Estás conmigo o no?

Observador: (Endurece la mirada) Estoy contigo. No solo para nosotros, sino para las personas a nuestro alrededor. Pero no veas la historia del blanco, sólo son blancos para disparar y nada más.

Francotirador: (Con determinación) Si no lo hacemos, habrá más muertes. Este es un mal necesario. Prepárate para marcar el tiro.

Observador: (Toma aire) Está bien, y no creo que exista un problema, me haré responsable. Estoy a tu lado, trata de mantener la cabeza fría. Sólo es un blanco.

Francotirador: (Asiente) Hazlo. Necesito que estés alerta. (silencio tenso) Dime cuando disparo.

Observador: (Con un leve temblor en la voz murmurando) En tres... dos... uno. Fuego, fuego, fuego...

Francotirador: (Con emoción) blanco liquidado. En la cabeza, directo a la cabeza...

Observador: (Festejando y alegre) Sólo dos más y recibiremos nuestras medallas.

Francotirador: הם יכולים לברוח, אבל הם לא יכולים לברוח

Observador: Lo mismo les digo, pueden correr, pero no escaparse... vamos por esas medallas hermano, sólo nos faltan dos más...

Días después...

La familia Al-Mughayr vivía en una modesta casa de piedra y ladrillos, en el barrio periférico de Rafah, una ciudad fronteriza donde el sol parecía siempre más intenso, y el aire cargaba con el polvo del desierto y el olor a sal del cercano Mediterráneo. La vida allí no era fácil, pero para los Al-Mughayr, cada día significaba una nueva batalla por sobrevivir. La familia se dedicaba a criar gallinas, una actividad que sostenía apenas lo necesario para llenar la mesa con un modesto plato de comida y para seguir adelante, un día tras otro. En su pequeño corral en la azotea de la casa, se vivía en constante ir y venir con el cacareo de las gallinas que resonaba fuerte desde el amanecer, y entre los huecos de los muros de la casa, se colaba la luz dorada que anunciaba otro día de trabajo.

Dahira, la mayor de los hijos, tenía apenas 11 años, pero ya demostraba la firmeza de un adulto. Su hermano Khaled, de 9, le seguía siempre los pasos. Juntos ayudaban a sus padres en la faena diaria, cuidando de las gallinas, recogiendo los huevos y asistiendo en la venta de algunos productos en el mercado local. No tenían muchas más opciones. Las manos pequeñas y rápidas de los niños eran esenciales para el modesto negocio familiar.

Una tarde, tras una larga jornada bajo el sol, Dahira y Khaled descansaban en la esquina de su calle, Abu Baker Al Seddeq, con sus dos amigos de siempre, Mahmoud y Fadi. La calle, normalmente animada por el bullicio de vecinos y los gritos de los niños jugando, parecía más silenciosa de lo usual, como si una sombra pesara sobre el ambiente. El sol comenzaba a caer, y las

Juguetes Entre Los Escombros

sombras de las casas se alargaban por el suelo polvoriento.

—¿Escuchaste lo que le pasó a Jamil? —preguntó Mahmoud en voz baja, con la mirada fija en el suelo.

Dahira, que estaba acariciando a una de sus gallinas, levantó la vista intrigada. Khaled, a su lado, frunció el ceño, preocupado por el tono sombrío de la conversación.

—No... ¿Qué pasó? —respondió Khaled, sin apartar la vista de los ojos serios de Mahmoud.

Mahmoud suspiró y miró a Fadi, que asintió en silencio antes de hablar.

—Hace unos días, Jamil estaba en la azotea de su casa tendiendo su ropa con sus padres—comenzó Fadi—. Solo estaba jugando, como siempre. Pero... —hizo una pausa, como si las palabras se le quedaran atrapadas en la garganta—. Le dispararon. Un francotirador. Justo en la cabeza.

El silencio cayó como un manto sobre los niños. La noticia era como una roca arrojada en el estanque de sus pensamientos, agitando las aguas tranquilas de su infancia. Jamil, de tan solo 10 años, había sido su amigo, un chico alegre que jugaba al fútbol con ellos y corría por las calles como cualquier niño. Ahora, en un instante, ya no estaba. Sus padres lo habían visto caer en la azotea, el lugar donde todos los niños subían a jugar o a mirar el cielo en busca de un momento de libertad.

Dahira sintió un nudo en la garganta. No era la primera vez que escuchaban historias de este tipo. Rafah estaba

Christian Castro Silva

marcado por el genocidio israelí, y la muerte siempre acechaba, pero esta vez era diferente. Esta vez era Jamil, alguien cercano. Alguien real.

—Mi madre siempre dice que no subamos a la azotea —murmuró Khaled, con la voz temblorosa—. Pero a veces no hay otro lugar donde jugar.

Mahmoud asintió, apretando los puños contra su pecho. Era difícil procesar lo sucedido. Para los niños de Rafah, la azotea no solo era un refugio, era su espacio de libertad, un rincón donde podían olvidarse, aunque fuera por unos minutos, de las tensiones que envolvían sus vidas cotidianas. Sin embargo, cada vez que subían, sabían que estaban expuestos a los peligros invisibles de la guerra que se libraba más allá de sus patios, pero tan cerca como para quebrar vidas en un instante.

—Mis padres vieron todo desde su ventana —añadió Fadi, con un tono grave—. Dicen que no pudieron hacer nada. El francotirador estaba en algún lugar lejano en las colinas, pero llegaron a ver un destello desde allí, como un reflejo de un espejo, luego se escuchó el sonido de la bala. Y luego Jamil... —se detuvo, respirando profundamente, incapaz de terminar la frase—. Estaba justo allí.

Dahira miró a Khaled, con lágrimas invisibles agolpándose en sus ojos, pero manteniendo la compostura. No quería llorar, no quería que su hermano viera cuánto la afectaba. Sabía que tenía que ser fuerte, al igual que todos los niños de Rafah, que creían que las balas no los alcanzarían si se movían lo suficientemente rápido, si se mantenían cerca de las sombras. Pero ahora

Juguetes Entre Los Escombros

entendían que la muerte podía llegar incluso cuando no la esperaban, incluso mientras jugaban.

—Es tan peligroso ahora... —murmuró Dahira, apretando su gallina contra su pecho—. Pero... no podemos dejar de subir, ¿verdad?

Khaled miró hacia la azotea de su propia casa, donde tantas veces habían subido para observar las estrellas o para respirar el aire fresco en las noches cálidas. Pero ahora, aquel espacio que una vez era su pequeño refugio, se sentía diferente.

Los días pasaban, y aunque las azoteas eran un peligro latente, los niños de Rafah no podían mantenerse alejados por mucho tiempo. Dahira, Khaled, Mahmoud y Fadi volvieron a encontrarse en las calles, donde corrían descalzos, dejando que el viento caliente les acariciara los rostros y, por un momento, olvidaban que vivían bajo la amenaza constante del genocidio israelí. El eco de los bombardeos se había convertido en una música de fondo oscura, una triste melodía que todos aprendieron a ignorar en la superficie, aunque por dentro, el miedo permanecía.

A medida que los días transcurrían, la prohibición de subir a las azoteas fue desvaneciéndose en sus mentes, reemplazada por el ansia de volver a esos espacios de libertad, tan peligrosos como necesarios. En lo alto, sentían el mundo un poco más amplio, un poco más lejano de las preocupaciones. Pero el recuerdo de Jamil siempre los seguía como una sombra, y el temor a las balas perdidas no desaparecía.

Christian Castro Silva

Una tarde de otoño, mientras el sol teñía de tonos cálidos las casas desgastadas de Rafah, el padre de Dahira y Khaled, el señor Yassir Malih, salió a entregar un pedido de cuatro gallinas al señor Abbas-Abdul, un comerciante, que le había solicitado con urgencia ese pedido desde el mercado local. Para los niños, ver a su padre partir era siempre un momento de alegría a pesar de las circunstancias. Yassir tenía la habilidad de transformar incluso las tareas más simples en algo divertido. Con la jaula de las gallinas en una mano y su paso acelerado, se despedía de sus hijos haciendo muecas y caminando como una gallina, provocando carcajadas en Dahira y Khaled.

—¡Mira cómo camina papá! —decía Khaled entre risas, mientras su padre se alejaba, sacudiendo los brazos como alas y cacareando en voz baja.

Dahira sonreía también, aunque siempre con una mezcla de ternura y preocupación. Sabía que, fuera de esos momentos de risas, el mundo era peligroso, y aunque su padre trataba de ocultar sus temores, ella lo percibía en su mirada cada vez que salía de casa.

El tiempo pasó rápidamente, y el cielo empezó a vestirse de naranjas y rojos cuando las primeras explosiones resonaron en la distancia. Era un sonido familiar para todos en Rafah: el rugido inconfundible que anunciaba un nuevo bombardeo. En cuestión de minutos, el caos habitual se apoderó de las calles. Las personas corrían, buscando refugio en cualquier rincón que pudiera protegerlos.

Sara, la madre de Dahira y Khaled, reaccionó de inmediato. Con el corazón acelerado, tomó a sus hijos de

Juguetes Entre Los Escombros

las manos y los arrastró hacia el rincón más seguro de la casa. Se escondieron bajo la mesa de madera, donde la oscuridad y el miedo parecían mezclarse con los rezos a Alá que salían de los labios temblorosos de Sara.

—Alá, por favor, protégenos... —murmuraba una y otra vez, abrazando a sus hijos con fuerza, mientras las explosiones seguían retumbando en el exterior.

Las horas pasaron como un eco interminable de angustia. Dahira, acurrucada junto a su madre, no dejaba de pensar en su padre. ¿Dónde estaría? ¿Estaría a salvo? Cada explosión hacía que su corazón se encogiera de miedo, pero no quería mostrarlo frente a Khaled. Tenía que ser fuerte, por él, por su madre, y por la promesa no dicha de que su familia seguiría junta, como siempre.

La noche cayó finalmente, envolviendo a Rafah en una oscuridad rota solo por los destellos de las luces lejanas de los bombardeos. Yassir aún no regresaba, y aunque Sara trataba de mantener la calma, Dahira veía en sus ojos el miedo que intentaba ocultar. La esperanza era una vela frágil en medio de una tormenta.

—Volverá, mamá... —dijo Dahira en un susurro, aunque no estaba segura si trataba de convencer a su madre o a sí misma.

Khaled y Dahira, incapaces de conciliar el sueño, se sentaron en la puerta de la casa, esperando ver la figura familiar de su padre aparecer entre las sombras. Pero las horas siguieron pasando, y el cansancio finalmente los venció. Se quedaron dormidos bajo el cielo plagado de estrellas, con sus cabezas recostadas una junto a la otra.

Christian Castro Silva

Sara, con el corazón desgarrado por la incertidumbre, los cubrió con una manta y se sentó a esperar, su mirada perdida en la noche, rezando en silencio para que Yassir estuviera a salvo.

Poco antes de la medianoche, el sonido de un motor, de un destartado auto Toyota, rompió la quietud. El auto se detuvo frente a la casa, y de él descendió una figura tambaleante. Sara corrió hacia la puerta, con el corazón en la garganta. Al ver a su esposo, vendado en la cabeza y los brazos, cojeando con dificultad, soltó un grito de alivio y dolor al mismo tiempo.

—¡Yassir! —su voz quebrada despertó a Dahira y Khaled, que, confusos, se incorporaron rápidamente.

Corrieron hacia su padre, que apenas podía mantenerse en pie. Las lágrimas rodaban por el rostro de Sara mientras lo abrazaba con cuidado, temerosa de lastimarlo. Dahira y Khaled lo rodearon también, llenos de preocupación, pero sintiendo un alivio indescriptible al ver que estaba de vuelta.

—Estoy bien... estoy bien... —susurraba Yassir con la voz rota, mientras lloraba de alegría. A pesar de las heridas y el dolor, había regresado. Había vuelto a casa, a sus hijos, a su esposa.

Se abrazaron bajo la luz tenue de la luna, como si ese gesto pudiera protegerlos de todo lo que sucedía afuera, como si en ese instante el mundo se redujera a ese pequeño espacio donde, por ahora, aún estaban todos juntos y con vida. Las heridas de Yassir no eran graves, pero la herida invisible que dejaba la guerra seguía marcando sus almas. Sin embargo, en ese abrazo

Juguetes Entre Los Escombros

compartido, en las lágrimas que mezclaban dolor y alivio, encontraron un respiro en medio de la tormenta.

Alá les había dado una oportunidad más. Una nueva oportunidad para seguir adelante, aunque el mañana fuera incierto y la oscuridad del conflicto siguiera envolviendo sus vidas. En ese momento, la familia Al-Mughayr estaba completa, y eso era suficiente para aferrarse a la esperanza un día más.

En la mañana, el sol brillaba tenuemente entre las nubes, y una calma inusual envolvía la casa de la familia Al-Mughayr. Dahira y Khaled habían terminado de alimentar a las gallinas en la azotea, siguiendo estrictamente las instrucciones de su padre de hacerlo solo en las primeras horas del día. Mientras los niños se ocupaban de sus tareas, el señor Yassir Malih y su esposa Sara se preparaban para ir al hospital. Sara, con el rostro preocupado, le acarició el rostro a Khaled antes de salir.

—Cuida a tu hermana, hijo —le dijo con una voz suave pero cargada de seriedad.

Khaled asintió con una leve sonrisa, intentando mostrarle a su madre que podía confiar en él, aunque sabía que esa responsabilidad le pesaba más de lo que quería admitir. Después de despedirse de sus padres, los dos niños se quedaron solos en la casa.

El silencio de la mañana solo era interrumpido por el ocasional cloqueo de las gallinas y el distante sonido de la vida en el vecindario. Khaled y Dahira pasaron las primeras horas jugando y completando sus tareas, conversando sobre cosas triviales para mantener sus mentes lejos de los recientes acontecimientos.

Christian Castro Silva

Sin embargo, poco antes del mediodía, alguien llamó a la puerta. Dahira y Khaled intercambiaron miradas de sorpresa y preocupación, ya que no esperaban visitas. Al abrir la puerta, encontraron al señor Abbas-Abdul, quien se veía visiblemente molesto.

—¿Dónde está su padre? —preguntó Abbas-Abdul, con el ceño fruncido y una voz impaciente.

—Él tuvo que ir al hospital con nuestra madre —respondió Khaled, intentando mantener la calma—. No estará en casa porque le retirarán los vendajes.

—Le pagué a su padre por cuatro gallinas y nunca me las entregó —dijo Abbas-Abdul, levantando la voz—. Necesito esas gallinas hoy.

Khaled y Dahira se miraron, inquietos. Sabían que su padre había estado ocupado con las heridas causadas por la explosión cercana y que no había sido intencional no cumplir con el pedido. Pero, ¿cómo podían explicárselo al molesto comerciante?

—Mi padre no pudo hacerlo... —comenzó a explicar Dahira con la voz suave—. Estuvo herido por los bombardeos y...

—Eso no es mi problema —interrumpió Abbas-Abdul—. Si él no está, entonces ustedes tienen que entregarme mis gallinas.

Los niños volvieron a intercambiar una mirada. Khaled sintió un nudo en el estómago al mirar el reloj. Era casi las 2:30 de la tarde, y la regla impuesta por sus padres era clara: no debían subir a la azotea después del

Juguetes Entre Los Escombros

mediodía. Pero Abbas-Abdul no parecía dispuesto a esperar más.

—Hermano, podemos esperar a que papá vuelva y lo solucione —susurró Khaled a Dahira—. No deberíamos subir ahora, es peligroso...

Dahira lo miró con una mezcla de determinación y nerviosismo. Sabía lo importante que era cumplir con las promesas de su padre, pero también sentía el peso de la advertencia que les habían dado.

—No pasará nada, Khaled —le respondió Dahira en voz baja, esbozando una pequeña sonrisa para tranquilizarlo—. Solo tardaré un momento.

Antes de que Khaled pudiera detenerla, Dahira se dirigió hacia las escaleras que conducían a la azotea. Khaled intentó insistir, pero Abbas-Abdul lo detuvo con una mirada impaciente.

—Solo quiero mis gallinas —gruñó el hombre—. No es tan difícil.

Khaled se quedó junto a la puerta, observando cómo su hermana subía los escalones. El corazón le latía con fuerza, y en su interior, una sensación de pánico comenzaba a crecer. El tiempo parecía moverse más lento a medida que las manecillas del reloj avanzaban segundo a segundo.

Abbas-Abdul, seguía quejándose y Khaled se quedó con él, pero para evitar escucharlo, empezó a mirar el paisaje y las colinas cercanas, de repente, un destello en la

Christian Castro Silva

distancia llamó la atención de Khaled. Era un reflejo en las colinas, algo que le resultaba extrañamente familiar.

Recordó las palabras de su amigo Fadi, quien les había advertido sobre los francotiradores y cómo primero se veía un destello, luego venía el sonido de la bala. Su corazón se aceleró al comprender lo que eso significaba.

—¡Dahira! —gritó con todas sus fuerzas, sin pensarlo dos veces.

Abandonando a un sorprendido Abbas-Abdul por el grito que dió, Khaled subió corriendo las escaleras, sus pies apenas tocando los escalones mientras gritaba el nombre de su hermana una y otra vez. El sonido de su propia voz se mezclaba con el eco de sus pasos, y todo a su alrededor parecía moverse en cámara lenta.

Mientras en la azotea, Dahira estaba persiguiendo a una de las gallinas, ajena al peligro que acechaba desde las colinas. Khaled sentía que el tiempo se estiraba, como si cada paso fuera una lucha contra una fuerza invisible. Su corazón golpeaba con fuerza dentro de su pecho, y el grito ahogado de su hermana resonaba en su cabeza.

"Dahira, ¡espera!" gritaba con desesperación, pero su voz se perdía en el eco de las paredes de la casa. Su mente solo podía pensar en lo que Fadi le había dicho: primero el destello, luego la bala, primero el destello, luego la bala, se repetía una y otra vez. Su cuerpo se movía por puro instinto, alimentado por el miedo y la urgencia de proteger a su hermana.

Cuando finalmente llegó a la azotea, vio a Dahira en la esquina, con una gallina en sus brazos, completamente

Juguetes Entre Los Escombros

ajena al peligro que la rodeaba. Khaled la llamó una vez más, su voz quebrada por el miedo.

—¡Dahira! —gritó con todas sus fuerzas.

Dahira se giró hacia él con una sonrisa, sorprendida por su repentina aparición.

—Khaled Ya casi tengo las gallinas —dijo, sin notar el terror en los ojos de su hermano.

En ese instante, Khaled volvió a ver el destello en la distancia, el mismo reflejo de luz que había notado antes desde las colinas. El aire a su alrededor parecía congelarse. En el mismo segundo, un fuerte estruendo llenó el aire, el sonido de un disparo que resonó con un eco mortal en toda la azotea.

En las colinas cercanas (segundos antes) ...

Observador: (Mirando por los binoculares) Ahí está, justo en la azotea a las 3 en punto. Caminando entre unos corrales de gallinas, corre en círculos persiguiéndolas. Es el blanco que estábamos esperando.

Francotirador: (Ajustando su rifle) Lo veo... justo donde dijiste. No se está moviendo. Perfecto. Tenemos una buena oportunidad aquí.

Observador: (Con una sonrisa) Este es el momento, amigo. Asegura tu posición. Sabes lo que significa esto, ¿verdad?

Francotirador: (Concentrado) Medallas de reconocimiento, lo sé. Ya casi lo siento en las manos.

Christian Castro Silva

Observador: (Mirando nuevamente) Ajusta dos clics al viento, está cambiando un poco. Tienes todo el tiempo del mundo. Cuando estés listo.

Francotirador: (Respira profundo, calmando su pulso) Listo... en la mira. Preparado para disparar.

Observador: (Murmurando) Tres segundos... tres, dos... fuego, fuego, fuego...

(Sonido seco del disparo. El blanco cae al instante.)

Francotirador: (Exhalando aliviado) Directo a la cabeza. Ni siquiera lo vio venir.

Observador: (Dando una palmada en la espalda del francotirador) ¡Hermano, eso fue hermoso! Un tiro perfecto. Pero espera... ¡No hemos terminado! Mira, hay movimiento. Otro blanco, listo aquí está las medallas...

Francotirador: Mantén la calma ¿Dónde? ¿Otro blanco?

Observador: (Emocionado) En la esquina opuesta, acaba de aparecer, otro sujeto. Está corriendo, pero lo tenemos. Si abatimos a este... es seguro que recibimos las medallas.

Francotirador: (Con una sonrisa) Dos blancos en un día. Parece que hoy es nuestro día de suerte.

Observador: Viento estable... Tienes que adelantarte un poco al movimiento. No pierdas de vista. Parece que se acercó al blanco que derribamos hace un rato, ya casi lo tengo...

Juguetes Entre Los Escombros

Francotirador: (Siguiendo al objetivo en su mira) Lo tengo... lo tengo... listo ahora.

(Otro disparo seco, seguido de un eco. El segundo blanco cae.)

Francotirador: (Eufórico) “¡Le di, en la cabeza también! ¡Dos en fila!”

Observador: (Riendo y golpeando la espalda del francotirador) ¡Sabía que podías hacerlo! Dos blancos, hermano, ¡dos! ¡Nos vamos al cuartel por las medallas para el pecho!

Francotirador: (Quitándose los audífonos, riendo) Somos imparables. Esa fue una obra maestra.

Observador: ¡Obra de arte! Nadie dispara como tú. Tendré que pedirte que me firmes el uniforme después de esto, solo para presumir.

Francotirador: (Sonriendo) Si alguien merece una medalla, eres tú, hermano. ¡Tuviste el ojo! Yo solo apreté el gatillo.

Observador: (Riéndose) ¡Ah, por favor! Lo hicimos juntos. Equipo perfecto. Nos veremos en la ceremonia con esas medallas. ¿Te imaginas las caras de todos cuando les contemos cómo fue?

Francotirador: Dos disparos, dos blancos. Todo limpio. No hay mejor sensación. pueden correr, pero no escaparse...

Observador: Esto hay que celebrarlo, amigo. Una vez de vuelta al cuartel, las cervezas las pongo yo. Y digo lo mismo que tú...” pueden correr, pero no escaparse...

En la azotea (segundos después) ...

El señor Abbas-Abdul, que había estado abajo, escuchó el estruendo y subió corriendo las escaleras. Al llegar a la azotea, la escena que encontró lo dejó paralizado. Khaled, tirado en el suelo, sangrando con una herida de bala certera en la cabeza, mientras Dahirah a su lado su hermana con otro tiro también en la cabeza. Se acercó lentamente, con la culpa invadiéndolo por haber presionado a los niños para que subieran a la azotea.

—¡Ay, Alá...! ¿Qué he hecho? —murmuró Abbas-Abdul, cayendo de rodillas junto a los niños, incapaz de contener las lágrimas que empezaban a brotar de sus propios ojos.

La luz del día empezaba a desvanecerse, y el cielo, que alguna vez había sido testigo de las risas de los hermanos Dahirah y Khaled corriendo por las calles, ahora observaba en silencio, mientras una familia más en Rafah era destrozada por el implacable genocidio israelí.

El señor Yassir Malih y su esposa Sara, al llegar del hospital, fueron recibidos por los vecinos ahogados en llanto y un silencio terrorífico, solo para encontrar al señor Abbas-Abdul llorando de rodillas en la puerta de la casa con los cuerpos de los dos niños envueltos en sábanas blancas que se teñían de sangre, por el lado de las cabezas.

Las palabras no alcanzaban para describir el horror y el dolor que invadió los corazones de los padres, que se

Juguetes Entre Los Escombros

desvanecieron de rodillas en ese momento. Habían sobrevivido al bombardeo, pero la guerra se había llevado algo mucho más profundo. Algo que nunca recuperarían, sus pequeños hijos.



Christian Castro Silva



More Books!

yes

I want morebooks!

Buy your books fast and straightforward online - at one of world's fastest growing online book stores! Environmentally sound due to Print-on-Demand technologies.

Buy your books online at
www.morebooks.shop

¡Compre sus libros rápido y directo en internet, en una de las librerías en línea con mayor crecimiento en el mundo! Producción que protege el medio ambiente a través de las tecnologías de impresión bajo demanda.

Compre sus libros online en
www.morebooks.shop

KS OmniScriptum Publishing Brīvības gatve 197
LV-1039 Rīga, Latvia Telefāx +371 688 204 55

OMNIScriptum



Christian Castro Silva

Otros Títulos:

1. Calidad de Atención Ginecológica en un Hospital Nacional – Dr. Christian Castro Silva
2. Comunicación de Jefes de Estado y Gobernabilidad del Perú 1999 – 2002 – Dr. Christian Castro Silva
3. Análisis de la Atención en un Hospital del Seguro Social – Dr. Christian Castro Silva
4. La Comunicación Administrativa Dimensiones y Perspectivas – Dr. Christian Castro Silva
5. Arquetipo ImPerfecto – Dr. Christian Castro Silva
6. La Cura del Final – Dr. Christian Castro Silva
7. Poemario Agridulce I – Dr. Christian Castro Silva
8. Poemario Agridulce II – Dr. Christian Castro Silva
9. Poemario Agridulce III – Dr. Christian Castro Silva
10. Poemario Agridulce VI – Dr. Christian Castro Silva
11. La Bestia Mestiza – Lic. Mario Soldevilla
12. La Política del Gato Negro – Lic. Ebelyn Torres
13. La Salida del Averno – Lic. Claudia Sánchez Salazar
14. Diversificación curricular del sistema educativo peruano. – Dr. Eddy Díaz Salvatierra
15. Evaluación de la Gestión del Programa Nacional Qali Warma – Dr. Eddy Díaz Salvatierra
16. Hands Pro - Manipulación instrumental en columna – Lic. Daniel Dulanto Domenack
17. Estudio de las características sismo resistentes de las viviendas – Dr. Félix Delgado Ramírez
18. Control Domótico y Confort de Edificaciones Modernas – Br. Margarita Luisa Boza
19. La Gestión Administrativa, el Ambiente Laboral y los Conflictos – Dr. Wilder Caruajulca Quispe
20. Noches de Insomnio – Mg. Yorledys Pabón Aguilar
21. Una Vela Bajo la Tormenta – Nicole Pendergast Liébana
22. El Ministerio del Misterio - José Cabada Delgado
23. Los Crímenes de Relaciones Exteriores – José Cabada
24. Mis Milagros, Miss Milagros – Luis Morey Eléspuru
25. Investigaciones de Ciencias Humanas y Sociales – Dr. Carlos Benavides Pérez / Mg. María Alejandra Benavides Chávez.